

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

¡YO QUIERO MONEY!



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

60 Asustados como conejos, Ralph Barby.

61 El ídolo que vive, Curtis Garland.

62 El aliento del kiai, Lou Carrigan.

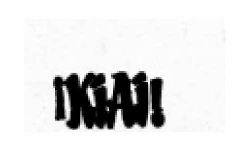
63 La orquídea escarlata, Clark Carrados.

64 Aquel que domino el mundo, Curtis Garland.

RALPH BARBY

¡YO QUIERO MONEY!
(M.P.SAVAGE - 17)

Colección ¡KIAI! n.° 65
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 1.250 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-

KAN».

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

—Yo quiero money, money…

Aquel negro senegalés era alto, casi altísimo, elástico, aunque se le veía delgado. Tenía las mandíbulas chupadas y los ojos saltones y muy brillantes. Era obvio que había pasado hambre, un hambre de semanas y semanas, incluso meses; ese hambre que no hace coger rabia de morder, sino que va consumiendo los cuerpos hasta apagarlos.

—Vamos, poneos en orden…

Jean Chambrone se acomodó tras una mesita dé madera. Junto a él, sentado, estaba Michael y detrás, en pie, se hallaba Cornelius, otro senegalés tan alto como el que estaba pidiendo dinero con un fajo de vales en su mano. Pero Cornelius estaba mucho más lustroso, nada gordo, ni un gramo de grasa en su cuerpo musculado y elástico, un cuerpo bien entrenado.

Michael encendió un cigarro y preparó una lista. Expulsó el humo de sus pulmones y preguntó:

— ¿Cómo te llamas? ¡Vamos, aprisa!

Mientras el negro respondía, se formó una cola bastante larga. Había allí más de cien hombres, negros, portugueses y árabes, argelinos y marroquíes. Todos tenían en sus manos fajos de vales como los que había exhibido el que encabezaba la cola.

Jean Chambrone era el chef, el que manejaba los intereses de los trabajadores clandestinos que en aquellos momentos se hallaban recluidos en una granja con barracones, al sur de Francia; sin embargo, aquellos obreros clandestinos no habían sido utilizados sólo en Francia sino también en Alemania y otros países de la Comunidad Económica Europea y también fuera de ella, como en Suiza.

Jean Chambrone sabía lo que se llevaba entre manos y conocía a los empresarios industriales o empresarios terratenientes que no querían complicaciones oficiales. Querían obreros a los que pagar lo justo, es decir, por debajo de lo legal, y cuando el trabajo terminara, fuera complicaciones.

— ¿Otro papel? Quiero dinero, money, money…

El negro que reclamaba su salario era muy expresivo. No acababa de entender que entregando un montón de vales, cada uno de ellos pago de una agotadora semana de trabajo, le dieran a cambio otro papel y no dinero como esperaba.

—Pero ¿qué coño te pasa? Eres un imbécil. ¿Es que no sabes leer? —siguió gruñendo, quejoso, pero dominante, Jean Chambrone.

— ¡Yo no quiero papel, yo quiero money, francos, francos!

— ¡Yo también, yo también! —repitieron, tras él, los de la cola.

—Todos tendréis el dinero que os habéis ganado con el sudor de vuestras pelotas, ¿qué puñetas os creéis?

Jean Chambrone se había ido creciendo; era un marsellés de labia fácil pero plagada de tacos e imprecaciones a cuales más obscenos.

Terminó subiéndose sobre su silla; no era demasiado alto. Era un tipo sanguíneo, de cabello negro lacio, siempre húmedo de brillantina. Sabía que de pasearse por las calles de Marsella, sería temido. Su aspecto no engañaba a nadie.

— ¡Todos tendréis vuestro dinero, pero aquí hay que hacer las cuentas claras! Yo necesito esos vales para cambiarlos por money con los empresarios. Ahora os doy el justificante de lo que habéis ganado, pero aquí las cosas legales, ¡qué puñetas!, y el que no quiera que lo diga, que le pago ahora mismo hasta el último céntimo y que se vaya a la mierda, porque no irá al nuevo trabajo, un lugar donde os pagarán lo mismo, es cierto, pero estaréis como reyes, buen sol, sin frío. Eso lo sabréis bien los que habéis andado por tierra de los alemanes, ¿eh? Nada, ahora buen sol y trabajo blando...

— ¿Cuánto tiempo?

—Cinco meses. ¿O es que vais a despreciar diez mil francos por un trabajo fácil? Yo, al que lo pida, lo tacho de la lista y terminamos.

Se callaron. El senegalés que había recibido su hoja en la que podían leerse cuarenta y cinco mil francos, aceptó:

—Bien, bien, yo sigo, cinco meses pasan pronto.

— ¡Oye, tú, hijo de puta, espera un momento!

— ¿Qué, chef?

—Tú tienes alma de jefe y yo necesito por lo menos diez.

— ¿Yo le sirvo como jefe? —se asombró el alto senegalés.

—Veremos, veremos, es posible que, pagando algunos francos, consiga un pasaporte arreglado y dejarás de ser clandestino. Ya sabes pie las cosas andan mal por Francia; los trabajadores extranjeros regresan a sus casas, hay paro obrero y también en Alemania y en todas partes. Las buenas oportunidades hay que cogerlas por los pelos...

Jean Chambrone había ido elevando el tono de su voz porque quería que todos le oyeran y los que estaban en la cola estiraban las orejas para no perderse una sílaba.

Michael, el hombre de confianza de Jean Chambrone, observó cómo una vez más, éste se había ido imponiendo en una situación difícil. Todos habían trabajado exhaustivamente durante semanas y.

semanas, en condiciones inhumanas, haciendo trabajos que los obreros normales se negaban a realizar, máxime por aquellos salarios míseros. Palear la nieve, limpiar cloacas, etc., y siempre en posición clandestina y dudosa, con el peligro de ser descubiertos por las autoridades que perseguían estas situaciones negativas para el país, para los obreros y para las propias víctimas que eran los que, por hambre, tenían que aceptar aquel salario injusto.

—Vamos, Michael, despáchalos rápido.

Mientras iban canjeando los vales entregados a sus obreros por los respectivos empresarios, pues los trabajadores no cobraban directamente de los empresarios sino de los intermediarios como Jean Chambrone, arribaron dos automóviles y dos camiones de caja cerrada.

Uno de los coches era un lujoso “Mercedes-Benz” y el otro, un “Alpine” conducido por una mujer que no parecía tener prisa en salir de su auto deportivo. Observaba la labor de Jean Chambrone y sus hombres con los obreros clandestinos a través del cristal parabrisas y otro tanto parecía suceder con el “Mercedes”.

—Ahora, coged vuestras cosas y a los camiones y mudos, ¿eh? Si nos paran los gendarmes ni un estornudo —advirtió Jean Chambrone —. Luego pasaréis a unos containers, se os darán buenas bolsas de comida para el viaje.

Jean Chambrone lo fue distribuyendo todo y aquellos hombres, con sus pertenencias y las hojas que, según Jean Chambrone, serían prontamente transformadas en dinero efectivo, moneda corriente, pasaron a los camiones.

Las primeras portezuelas en abrirse fueron las del “Mercedes-Benz”. Se apearon dos hombres y un tercero quedó al volante.

El más maduro era de estatura media, un tipo huesudo con gafas de montura de oro, mirada helada y labios finos. El otro, su guardaespaldas, era rubio, alto, fornido y joven, pero malcarado y tenía la boca mordida, por lo que, cuando sonreía, semejaba una mueca desagradable.

—Chambrone, ¿todo bien? —preguntó el individuo de las gafas de oro con un fortísimo acento germánico.

— ¡Oh, sí, herr Schroeder, claro que sí, yo sé cómo manejar a esa chusma!

— ¿Y los vales?

—Los tenemos todos; representan mucho dinero y, además, está nuestra parte.

La mujer de cabellos rubio platino pero no escandalosos, sino peinados con mucha elegancia, bajó el cristal de la portezuela del coche que conducía. Sin saludo previo advirtió:

—Estos trabajan por última vez, las cosas andan mal ahora. Las

centrales sindicales andan como sabuesos buscando trabajo para sus afiliados, por una temporada habrá tranquilidad.

—Claro que sí, madame Messaline, claro que sí —aceptó Jean Chambrone—. Por ahora se terminó, pero yo a tipos como ésos, a inmigrantes hambrientos, los puedo encontrar cuándo y cuántos quiera, no es problema.

—Chambrone, ¿ha hablado con el capitán Abelange?

—Sí, herr Schroeder, todo está arreglado, no habrá problemas.

—Es necesario que no los haya. Es el momento de recoger los frutos de nuestro trabajo.

—Del trabajo de ellos —corrigió, sarcástica, madame Messaline señalando los camiones donde se hacinaban los obreros clandestinos.

—Chambrone, nos verecos en París, no me falle. No quiero problemas y usted ya me entiende, ¿verdad que sí?

—Claro que sí, pero Chambrone no falla. Con usted es bueno hacer negocios, herr Schroeder, siempre salen perfectos y con usted también, madame Messaline; claro que con usted aún podrían salir más redondeados...

— ¿Qué le pasa, Chambrone, está pensando en mí como en una golfa del boulevard Rochechouart?

— ¡Oh, no, claro que no!

—Acérquese, acérquese, quiero decirle algo bajito... —invitó ella con una sonrisa muy fría, pero el exceso de calor que experimentaba Chambrone no supieron notarlo.

—Sí, sí...

Metió casi la cabeza en la ventanilla y entonces se encontró con el cañón de una pequeña pistola cromada, apretando entre sus dos cejas.

—Este juguetito limpia la cabeza de sucios pensamientos.

— ¡Eh, que puede dispararse! —advirtió Chambrone, molesto,

—Sí, eso es lo que ha de tener siempre en cuenta, no se le vaya a olvidar.

Jean Chambrone sabía que la dureza de alma de aquella mujer hermosa pero muy fría, por lo menos para él, aunque tampoco la había visto derretirse por ningún otro hombre.

—No me gustan estas tonterías.

—Chambrone —le interpeló el alemán—, yo telefonearé al capitán Abelange. Usted lleve a esos hombres tal como acordamos y luego tome el avión Marsella-París; quiero verle pronto.

Chambrone se alejó, gruñendo, hacia los camiones y herr Schroeder se acercó al automóvil de la mujer.

—Este Chambrone no tiene clase, es burdo y grosero, pero es muy efectivo y conoce el negocio. Si hubiera nacido tiempo atrás se habría enriquecido como negrero.

—Sí, pero este negocio necesita de muchos contactos y soy yo quien va buscando a los empresarios.

—Porque tú, madame Messaline, sabes moverte muy bien en el gran mundo y también en este negocio.

—Colocar clandestinamente varios millares de inmigrantes cada año no es tarea fácil —puntualizó la mujer rubia.

—Sí, no es nada fácil. Ahora las cosas no van demasiado bien, pero sólo será un bache de dos o tres años, luego todo volverá a ser igual.

—Espero que sí, aunque yo no tengo problemas.

— ¿Tu boutique de París? Pero ¿verdaderamente produce ganancias esa boutique? —preguntó el alemán muy escéptico.

—En un negocio como el mío hay asuntos paralelos, herr; de ellos se sacan los dividendos.

—Comprendo, prostitución a gran altura. Eres un verdadero cerebro gris para los negocios especiales, madame Messaline, un verdadero cerebro gris. Por cierto, dé vuelta a París, si te detienes en el hotel Boulon podías recoger a una muchacha.

— ¿Una muchacha, dices?

—Sí, es muy joven, me gustaría que supieras orientarla. Acaba de salir de un internado y deberás tratarla con delicadeza.

Madame Messaline, una mujer de edad indefinida que debería rondar los treinta, aunque no por ello había perdido un ápice de su belleza, sonrió por primera vez.

—Si acaba de salir de un internado es posible que me interese tratarla bien. ¿Cómo se llama?

—Cybéle.

Jean Chambrone, con sus hombres de confianza, Michael y Cornelius, tomó rumbo sur, hacia el gran golfo. El sol iba siendo engullido por unas suaves y verdosas colinas del Oeste. Chambrone sabía cómo había que rematar aquel negocio. Herr Schroeder lo había preparado todo con su mentalidad germánica, es decir, eficientemente. Un alemán podía hacer el bien o el mal, pero lo que hiciera, tenía que hacerlo con eficacia.

Cuando llegaron a la zona portuaria era ya de noche. No había ningún gendarme para cortarles el paso, todo estaba previsto. A Jean Chambrone le habían bastado unos telefonazos para arreglar aquel asunto de la vigilancia. Los dos camiones Apagaron sus faros y se detuvieron frente a unos containers metálicos.

— ¡Vamos, aprisa, aprisa!

Se abrieron los camiones y a oscuras, con sólo la luz de la luna y las farolas del puerto, los inmigrantes clandestinos fueron repartidos por los containers donde viajarían en adelante, camuflados. Una furgoneta, llegó para ayudarles y les fue entregando bolsas de comida.

—No habléis, no habléis —exigía Jean Chambrone—. Y no tengáis miedo por asfixiaros, hay agujeritos para respirar y el viaje sólo durará unas horas. Todo irá bien, buen trabajo, cinco meses... ¡Vamos, aprisa!

Chambrone sabía que el tiempo de distracción de los vigilantes, en otro punto del muelle, era corto. Sus sobornos tenían ciertos límites.

Una linterna iluminó uno de los rótulos de papel pegados en los containers.

“Pequeñas herramientas y maquinaria".

Las grandes cajas metálicas para el transporte internacional fueron cerradas con gruesos candados y en cada una de ellas se ocultaban diez inmigrantes. Ninguno protestó, pese a que las condiciones eran inhumanas. Sudor, hediondez... Allí dentro, aunque la comida de las bolsas de viaje fuera buena, no sabría bien. Se marearían y de nada serviría gritar para que les abrieran aquellas cajas de acero que semejaban celdas ambulantes. Vomitarían unos encima de otros y se maldecirían por encontrarse en situación tan miserable.

Contarían las horas, a la espera de que el infernal viaje terminara y pudieran salir en busca de aire limpio, lejos de sus propios excrementos, que, si no se equivocaban, tendrían que ir depositando en un cubo de plástico que se irían pasando de uno a otro y desgraciado del que fuera el último.

Comenzó a funcionar una gran grúa portuaria que enganchó uno de los containers y lo elevó en el aire para luego hundirlo en la bodega de un mercante viejo y pequeño, un mercante que quizá había hecho ya excesivas singladuras.

— ¡Chambrone!

—Capitán Abelange, venga, tenemos que hablar.

—Sí, sí, claro.

Mientras la grúa, con escasa luz y sin estar dirigida por radio para no ser interceptadas sus órdenes, cargaba los containers repletos de hombres dentro de la bodega del barco, Jean Chambrone y el capitán Abelange hicieron un aparte para tratar de cuestiones muy importantes para todos, pero que sólo ellos iban a conocer por el momento.

Allí olía a mar, a pescado podrido por el sol, a goma, a grasa, y habría olido también a orines de gato si no hubiera olido tan fuerte a humanidad esclavizada, a humanidad con miedo y sin poder gritar.

—Pon los ganchos —masculló uno de los marinos.

Aquel trabajo tenían que realizarlo los expertos del muelle y no los marinos, pues así estaba estipulado, pero ni al capitán Abelange ni a Chambrone les interesaba que se metiera dentro de las bodegas más

gente que la que ya viajaba en el propio mercante Mont-Joie.

—Vete a la mierda —replicó, hosco, el viejo Rafler.

Ya casi no se acordaba de su propio nombre, pues desde hacía docenas de años todos le llamaban Rafler, que en francés quería decir, más o menos, el que carga con todo. Pero los años lo habían debilitado, aburrido de su trabajo y, a fuerza de hacerse viejo, y al no obtener compensación de ninguna clase en su vida, se había ido doblegando ante la bebida y ya no era difícil encontrarlo ebrio.

— ¿Estás bebido, Rafler? —gruñó su compañero—. Algún día te vas a caer al mar y no habrá quien te salve.

Bajó otro de los containers y golpeó el anterior que no había sido sujetado.

— ¡Ay! —gritó alguien, desde el interior del container.

Rafler pegó su oído al hierro de la caja y escuchó. Después buscó hasta encontrar los orificios de respiración.

— ¿Estáis bien? —preguntó.

Rafler observó los gruesos candados y se encogió de hombros.

—Pobres diablos, esto $e ha convertido en un barco negrero, ¡maldita sea!

Rafler se escabulló por una escalerita del pequeño y viejo Mont-Joie, un mercante que no ofrecía las debidas garantías y por ello realizaba travesías en el Mediterráneo pero no por el Atlántico, siempre más peligroso por sus tempestades.

Aún había para rato con la carga y sujeción de los containers. El viejo Rafler sabía que cuando el capitán Abelange lo notara a faltar, gruñiría y despotricaría en su contra, pero nada más. Tampoco podía hacer demasiado el viejo Rafler, aunque sí servía para hacer guardias nocturnas, si no se emborrachaba.

Saltó del barco al muelle aprovechando las sombras, y el trabajo de la grúa, y se filtró entre unos fardos que serían embarcados al día siguiente en otra nave. Al poco encontró a otro hombre, un estibador, que le mostró una botella llena de ginebra. Riéndose, los dos comenzaron a beber.

Cuando el Mont-Joie zarpó, nadie se enteró de que el viejo Rafler no iba a bordo.

El capitán Abelange había solicitado los permisos oportunos con antelación y no hubo problemas para salir del muelle. De esta forma, se adentró en alta mar, alejándose de la costa francesa en dirección sur, proa al norte de África.

El senegalés Cornelius había zarpado, también, con el barco y fue quien, en un momento determinado, enganchó los dos botes de salvamento que llevaban y fue arrojando al mar los salvavidas. Bajó a la sala de máquinas y cerca del tanque de fuel-oil esparció una lata de gasolina. Le prendió fuego y corrió hacia lo alto, encontrándose al

capitán Abelange que le aguardaba ansioso.

— ¿Todo bien?

—Sí, todo bien —asintió Cornelius, dando una mirada hacia abajo de donde salía humo.

—Prepara un bote, sólo uno —le exigió el capitán Abelange, alejándose luego, hasta la radio, que en un mercante tan pequeño y antiguo manejaba él mismo.

Comenzó a lanzar un S.O.S. Repitió la llamada varias veces, dando su situación. Con una llave, abrió un armario y de su interior sacó un paquete de cartuchos de dinamita con un detonador de relojería. Corrió por cubierta, dio vueltas al aparato de relojería y lo lanzó hacia la sala de máquinas mientras el humo se hacía más abundante.

Corrió después hacia la baranda y descubrió a Cornelius ya en el bote. Por una escalerilla descendió al bote y el negro comenzó a remar. El senegalés era duro y elástico y remaba con rapidez, alejándose del barco mercante sumido en una lechosa oscuridad, en aquella madrugada que iba a ser trágica.

— ¡Aprisa, aprisa! —pedía el capitán Abelange.

Al fin, estalló la dinamita y el Mont-Joie tembló, de popa a proa, antes de abrirse corno una nuez. De su interior brotó una gran llamarada hacia el cielo.

— ¡Pobres diablos, no se va a salvar nadie! —opinó el capitán Abelange.

—De eso se trata —respondió Cornelius a su espalda.

—Sólo quedarán restos del naufragio, ninguna evidencia y la naviera, a cobrar la prima del seguro.

—Sí, es un negocio redondo y todas las bocas tapadas, todas.

Mientras decía aquello, Cornelius, situado a la espalda del capitán, le hizo una presa cruzándole el cuello con el antebrazo derecho colocado bajo la barbilla, delante de la tráquea, y la mano izquierda contra la nuca mientras la mano derecha cogía su propio bíceps izquierdo para ejercer mayor presión.

Atrapado con la terrible Hadaka-Jime, el capitán Abelange abrió la boca buscando aire desesperadamente; forcejeó, incluso, tratando de lanzar al agua a Cornelius. No lo consiguió y así, segundo a segundo, poco a poco, fue dejando de moverse.

El atlético senegalés había estrangulado al capitán Abelange el cual, a su vez, no sólo se había desembarazado de los desgraciados inmigrantes clandestinos que de esta forma jamás podrían cobrar su salario de mise ría, sino que también se había desembarazado de su tripulación. Ya nadie diría nada, ni siquiera él podría contar aquella repugnante masacre perpetrada en el golfo de León.

—Un buen ancla para un mal capitán —rezongó Cornelius, con

sarcasmo, mientras el

Mont-Joie se hundía con una rapidez que no dejaba lugar a ninguna posibilidad de salvación.

El mar se tragó las llamaradas, al mismo tiempo que el casco de la nave.

Ató el ancla al cuello del capitán Abelange y le miró la mano derecha. Cornelius se había fijado en varias ocasiones en una sortija que lucía el capitán, una sortija que era una esmeralda grande rodeada de brillantes. Vista a distancia, semejaba un ojo humano con pupila verde.

Sopló sobre ella, se la frotó contra la camisa y se la colocó en el dedo meñique de la mano izquierda, pues en ningún otro dedo le cabía. Después arrojó el cadáver por la borda, viéndolo desaparecer en las aguas negras y siniestras. En aquel lugar debía haber una profundidad considerable, nada se podría recuperar allá. No había sido escogido estúpidamente aquel punto para el siniestro criminal en el mar. El capitán Abelange debía conocer bien aquel sitio e incluso lo que tardarían en acudir en su auxilio.

Cornelius divisó focos a lo lejos barriendo el mar, en busca de señales de lo que suponían un simple naufragio. Tomó los remos y comenzó a remar con fuerza, alejándose del lugar. Sabía qué dirección debía tomar para que no lo encontrasen. Allí no había que descubrir otros restos que los que pudieran quedar del mercante hundido, un mercante cuya recuperación no interesaría ni a la mismísima compañía naviera, que pagaría sin complicaciones.

¿Quién podía sospechar la magnitud de la tragedia de aquel criminal naufragio?

CAPÍTULO II

El taxi parisiense se detuvo en la confluencia de las dos callejas.

Moses Pacific Savage pagó la carrera y saltó al suelo con paso elástico. El empedrado estaba húmedo, caía la noche y olía francamente mal. Era muy posible que aquella noche la temperatura descendiera hasta los cero grados, preludio de un invierno duro, o quizá luego se encarrilara bien la climatología y la frialdad invernal pasara a ser una más.

Con zancadas largas pasó cerca de dos travestis que se lo quedaron mirando con admiración. Uno se parecía a la inolvidable Marilyn Monroe, y el otro marica no apartaba sus grandes ojos de Savage. Algo comentaron entre ellos o ellas (¿quién podía ya catalogar?) y soltaron unas carcajadas rasgadas, como de vieja prostituta que ha sido esclava de la ginebra y el ajenjo durante décadas.

M. P. Savage se detuvo frente a un club barato, un salón de strip-tease de calidad más que dudable. Se habían encendido neones sobre la puerta y dos fotografías de tamaño natural o quizá un poco más grandes, mostraban a dos bellezas femeninas.

El portero, que por todo uniforme llevaba una gorra con visera y cordones dorados, desplegó una amplia sonrisa.

—Míster, veinte francos, champaña incluida y si se da maña y su cartera está llena, pues luego...

Savage se internó en el local sin responderle. Había poca luz, sólo la suficiente para no tropezar con las sillas.

—Monsieur…

—Busco a un amigo —respondió al maître, siempre hablando en francés.

—Oui, monsieur... ¿Y cómo se llama su amigo?

Savage puso en la mano del maître, que era mucho llamar, tres monedas de a diez francos y lo dejó atrás. Su vista prodigiosa, propia de un felino, había descubierto lo que buscaba. En un rincón, no lejos del pequeño escenario, estaba un hombre rubio, de escaso cabello y bastante largo,

— ¡Savage! —interpeló el francés, levantándose de la silla para llamar su atención.

— ¡Hola, Mortflat!

Savage tomó la silla y se sentó, sin siquiera dedicar un mirada a

la chica que estaba desarrollando su numerito de strip-tease en el escenario al ritmo de un arpa que tocaba otra chica, ésta muy seria, de cabellos rizados, con camisa, lazo, chaqueta y gafas. Parecía sacada del aula de música del más ortodoxo de los colegios religiosos.

—No sabía si vendrías.

—Ya ves que sí, Mortflat. Has tenido suerte, tengo varias cosas que hacer, pero aún no estoy decidido.

—He visto tu último reportaje. ¡Vaya denuncias, tú sí que te la juegas!

—Tú podrías hacer lo mismo, eres periodista como yo.

—Pero yo soy francés y a mí siempre me vienen con puñetas, no se me abren las puertas como a ti.

—Es cuestión de constancia. No puedo negar que el pasaporte norteamericano no es un buen salvoconducto y no es que yo lo pretenda, simplemente que las cosas son así. La tierra del Tío Sam es el gran imperio; seguro que, en su tiempo, las puertas también se abrían para los ciudadanos romanos.

— ¿Y también habría reporteros denunciando porquerías? —se rió el periodista francés.

—Bueno, Mortflat, me has dicho que tenías algo bueno que contarme; quizá me interese o quizá no. Es posible que mañana me haya marchado de París.

—Tú siempre a lo grande... Mañana en Ceylán y pasado en Nueva York. Muchacho, quién pudiera vivir como tú.

—Pues ser periodista en París tampoco es nada fácil ni aburrido.

—Verás, yo no soy periodista de París, estoy aquí para hablar contigo.

— ¿Ah, no, de dónde eres tú?

—De Marsella.

—Gran ciudad.

—Sí, llena de árabes y también de drogas, mafiosos y comercio internacional de furcias.

—Parece que no te sientes a gusto en Marsella.

—Verás, preferiría estar aquí, en París, con un buen empleo, algo que me permitiera alternar. Sí, sí, ya sé que para ti eso no tiene importancia, y no la tiene porque tú dices “mañana me voy aquí o allá, a este hotel o al otro” y vas; en cambio yo, al sitio más lejos que llego es a París y para veranear, a Ibiza, porque allí todavía es barato y hay muchos tipos a los que conozco. Si los ibicencos supieran que muchos de esos tipos sucios y mugrientos que les roban las huertas son herederos de grandes fortunas, hasta en América, se quedarían atónitos.

—Yo diría que lo saben.

Mortflat se encogió de hombros y admitió:

—Es posible.

Después dedicó una ojeada a la chica que se había desnudado en el escenario y que no recibió ni un triste aplauso; lo cierto es que tampoco había mucha gente a aquella primera hora de la noche.

La muchacha que había tocado el arpa, con su lazo, su chaqueta, su cuello camisero, las gafas y la melena de rizos rubios, sacó un purito fino y largó y se puso a fumar soltando el instrumental musical. Su mirada, a través de los cristales, se clavó en el público, observándole con desprecio. Aquella mujer era una mezcla de los hermanos Marx, Groucho y Harpo, el mudito, y si el producto que resultaba del bodrio se ponía en versión travesti, daba aquel esperpento.

— ¡Qué tonterías! —gruñó, divertido, el periodista de Marsella. Su escaso cabello rubio, al tenerlo largo, se le rizaba en las puntas.

— ¡Oye, no he venido a ver el espectáculo! —le apremió Savage.

Una camarera, con unas exuberancias como zeppelines, todas al aire, se acercó a servirles y pareció que los dos clientes le caían bien, porque su amplia sonrisa no resultaba ahora servicial; no era la sonrisa de asco propia de los que trabajan en los locales donde las noches se hacen eternas y agotadoras porque siempre es lo mismo: Quitarse ropa, vestirse ante ojos de turistas y de hombres que se encendían y que luego esperaban junto a la cortina de los vestidores a ver si conectaban con alguna de las strippers que se hacían las estrechas alegando que su trabajo era limpio y puro arte y que si patatín que si patatán, cuando luego lo único que pedían era cobrar más que una furcia callejera para, al fin y a la postre, entregar la comisión reglamentaria al chulo del local.

Mortflat alargó su mano hacia la camarera, pero ésta, que se las debía saber todas, le esquivó; al hacerlo, rozó, con su generosa anatomía la oreja de Savage.

—Pardon, monsieur.

Mortflat, al verla alejarse, opinó:

—Por todos los diablos, Savage. Si llegas a girar la cara, te ahogas en chicha.

—Puede, es lo que ella pretendía —replicó Savage. Tomó el champaña que le habían servido y se lo bebió. Era fresco y pasaba bien, pero no era más que vino gasificado sin ninguna calidad.

—Bueno, Savage, ando algo mal de fondos; no puedo contar con dietas en París.

—No me habrás citado aquí para darme un sablazo, ¿eh?

—No, pero es que he tenido que pagar unos francos. Bueno, unos pocos no, le he dado quinientos francos, una sábana de Moliere, al tipo que me ha facilitado la información.

—Si es buena, te doy yo los quinientos a ti —le dijo Savage, en

cierto modo tratando de quitárselo de encima.

Comenzaba a pensar que había sido una tontería acudir a aquella cita. Solía recibir muchas cartas y llamadas por los hoteles donde pasaba y que brotaban de las plumas o las gargantas de seres que consideraban que el problema que tenían que contarte a Savage para que lo denunciara a la opinión pública como reportero free-lance que era, serían las más importantes, las que levantarían ampollas. Savage tenía que seleccionar hasta que encontraba algo realmente denunciable. Había acudido a la cita de Mortflat por tener el presentimiento de que sí iban a contarle algo importante, algo que no iba a pasar desapercibido en las hojas de sucesos de cualquier periódico sin relevancia.

—Yo todavía no estoy muy enterado del asunto, pero es algo muy gordo y el testigo está asustado.

—Pero ¿cuál es el problema? —insistió Savage.

—Trabajadores clandestinos para Europa, especialmente para el Mercado Común.

—Sí, es un tema conocido. Oí una denuncia de que los entraban por la frontera italiana metidos en contenedores, como si fueran máquinas de coser.

—Algo de eso es, pero con sangre.

— ¿Lo sabe la policía?

—No creo; es un asunto tratado a lo grande, y cuando las cosas se hacen a lo grande se reparte mucha plata por aquí y por allá y puede resultar que a quien vas a presentar la denuncia ya está sobornado.

— ¿Supones que las autoridades están implicadas en ese feo asunto?

— ¿Quién sabe? —Mortflat se encogió de hombros y se llevó a la boca la copa de champaña, casi agotada hasta las heces—. Yo no me fío. Las autoridades siempre son honestas, lo malo son los hombres y unos se dejan sobornar y otros no. Es lo del eterno Judas, lo que pasa es que entre los apóstoles de Cristo sólo había un Judas y en la sociedad suele suceder al revés, hay once Judas por cada hombre que es honesto.

—Siempre hay muchas posibilidades de corrupción; claro que ahora con el gran paro que existe en toda Europa, los trabajadores clandestinos no serán buen negocio.

—Siempre los hay, porque trabajan más barato y no crean problemas legales. No hay seguros ni nada de nada.

—Sólo sudor y miseria,

—Mira, ahí viene nuestro hombre, pero trátalo con cuidado, está muy asustado.

El viejo marino vestía un jersey de cuello alto y una gorra vasca. Avanzaba entre las mesas mirando con recelo, en todas direcciones. Estaba pálido y movía la boca constantemente, como si mascara chicle.

— ¡Eh, aquí! —le interpeló Mortflat.

El viejo marino se acercó a la mesa. Miró primero al periodista marsellés y luego clavó sus ojos escrutadoramente en Savage. Sonrió y se sentó.

—Me parece un tipo honrado —comentó—. Yo he bebido mucho en esta vida y conozco a los tipos... —Antes de que nadie pudiera decir nada, se volvió hacia Mortflat y preguntó—: ¿No hay nada de beber?

Mortflat llamó con la mano al maître que andaba cerca de la puerta, casi dando bostezos; era una noche con poco público, habría que esperar al fin de semana.

— ¡Cuánta furcia! —gruñó Rafler mirando hacia las chicas del local mientras el maître, forzando una sonrisa, preguntaba:

— ¿Qué desea, monsieur?

—Champaña —respondió Mortflat.

—Yo prefiero ginebra —advirtió Rafler.

Con sus pupilas verdes, Savage observaba al viejo marino, con una nariz de patata en la que se marcaban ostensiblemente las venas que sobresalían muy rojas. Tenía que ser forzosamente un alcohólico consumado.

— ¿Qué es lo que tiene que contarnos? —preguntó Savage.

—Despacio, despacio. Si hablo... —se señaló significativamente el cuello con el dedo, pasando éste como si fuera un cuchillo que lo estuviera degollando y haciendo al mismo tiempo una mueca desagradable con la boca y los ojos—, Y yo no quiero morir.

—Si ha venido aquí ha sido para hablar, ¿no? —inquirió Savage.

—Claro que sí quiere hablar, claro que si —se apresuró a decir Mortflat en voz baja.

La camarera de antes regresó y volvió a colocarse cerca de Savage, alejándose también del viejo marino que de inmediato se sintió atraído, como una llave por un imán, por las tremendas redondeces de la mujer. Quedó como hipnotizado y llegó a exclamar:

—Esta es como las de antes... ¿Dónde te han parido, hija?

La chica sonrió y volvió a rozar a Savage, como si deseara provocarlo.

—Abuelo, que se va a quedar idiota —rezongó Savage.

— ¡Es que está de miedo!

— ¡Si ya no soplas! —se rió Mortflat.

—Eso ya lo veremos... ¿Cuánto crees que me pedirá?

—Me voy —advirtió Savage—. Creo que esto no tiene interés.

Al ver que Savage se levantaba, con evidentes intenciones de marcharse, Mortflat lo agarró por la manga.

—Espera, espera, que sí tiene que decir.

— ¿Es el pagano? —preguntó Rafler señalando a Savage con el dedo pulgar.

—Si se marcha, tu información sólo servirá para que te maten.

—Yo sólo quiero vivir en paz —advirtió Rafler—. Una casita de pescador por la Bretaña, no soy muy ambicioso. La verdad, no puedo reclamar mis seguros ni nada, estoy muerto.

— ¿Muerto, seguro?

—Según las listas oficiales, estoy muerto, y bien muerto, en el fondo del mar. Si reclamo los seguros sociales que me corresponden después de haber trabajado y cotizado toda mi vida, me los darán, claro que me los darán, pero tendré que explicar demasiadas cosas y luego, si se enteran ellos, soy hombre muerto. ¿Y de qué me va a servir si me matan? Estoy viejo, muy viejo, pero no quiero morirme, ¡qué puñetas!

—Cuidado, Rafler, no grites.

— ¿Qué es lo que sabe? —inquirió Savage. Haller advirtió, tajante:

—Primero, cien mil francos.

—Eso es mucho dinero.

—Mi vida vale más —puntualizó el viejo marino antes de vaciar su vaso de ginebra de un solo trago.

—Está bien. Si la información es buena, tendrá su dinero, pero cuando yo lo haya comprobado todo y pueda denunciarlo, antes, no.

—Ya quiero el dinero ahora —se empeñó Rafler.

—Entonces no hay trato.

—Espera, Savage —pidió Mortflat—. Rafler puede reflexionar.

El viejo marino, que no se había quitado la boina, volvió a mirar a Savage como si se hubiera quitado un diente postizo y jugueteara con él dentro de la boca.

—Es terco el joven —opinó.

—Bien, ¿habla o me voy?

—Está bien, está bien. Pero algo me dará, he de comer y dormir, no tengo trabajo y en París está todo carísimo.

—Hable —ordenó Savage.

— ¿De verdad podrá pagar éste? —preguntó el viejo a Mortflat.

—Sí, es el mejor reportero del mundo.

—Bien. Mi barco, el Mont-Joie, está bajo las aguas, a menos de cien millas de la costa. Es un asunto muy feo. Por lo visto se incendió y se hundió muy aprisa, no se salvó nadie.

— ¿Era su barco, dice?

—Sí, el Mont-Joie, pero yo bebí demasiado con un estibador amigo mío y me quedé dormido. Cuando desperté, el barco ya había zarpado. Busqué un cuartucho para dormir y al día siguiente, me levanté tarde, ya sabía que me había metido en problemas. Luego se corrió la voz, alguien lo comentó y yo compré el periódico. Me enteré de que había salvado el pellejo por emborracharme.

Cogió la botella de ginebra y la besó como lo haría una beata a una estampa.

—Me juego el pellejo, es un pellejo viejo pero es el mío, ¡qué demonios! Lo malo es qué veo que no me queda otro remedio que liarme.

—Le escucho pero quiero algo concreto, no fantasías.

—Hay una red de traficantes de obreros clandestinos, extranjeros, ya sabe, gente que se muere de hambre en su país y que no consigue carta de trabajo, hay demasiados que la piden. Bueno, el Mont-Joie era mi barco, un viejo cascarón que se fue a pique tras una explosión.

—Todo eso ya lo has contado —le previno Mortflat.

— ¿El barco llevaba a esos inmigrantes? —interrogó Savage.

—Sí, de retorno a su tierra.

—Eso no es mucho, Rafler —gruñó Mortflat, que temía que Savage no lo considerara un caso suficientemente importante.

—Sí, pero es que iban metidos dentro de containers cerrados con candados por fuera.

¿Cómo se iban a salvar cuando el barco se hundía, si estaban encerrados en las jaulas de hierro?

— ¿Eso es cierto? —preguntó Savage, súbitamente sombrío.

—Sí, por la madre que me parió que es cierto.

— ¿Y por qué no lo dijo a las autoridades?

—Porque si los del negocio se enteran de que yo quedé vivo y, además, lo sé todo, me van a liquidar. Oficialmente soy hombre muerto y prefiero seguir siendo hombre muerto para que no me maten de verdad. No podía denunciar el caso; además, habrían dicho que sólo soy un borracho que inventa historias.

— ¿Sabe dónde ocurrió el naufragio del Mont-Joie? —inquirió Savage.

—Sí, ya lo creo que se sabe. Quedaron restos, tablas y algunas cosas flotando, aceite y también cadáveres.

Creo que fueron cuatro, pero faltaban miembros de la tripulación, diez, bueno, nueve, porque yo no podía estar allí y lo más grave, todos aquellos containers repletos de obreros clandestinos.

— ¿Cuántos contenedores había? —interrogó Savage, ya vivamente interesado.

—No lo sé, acaso diez o doce, muchos, y en cada uno parecía haber bastantes hombres. Estos contenedores se han convertido en ataúdes de acero. No se los podrán comer los peces que olerán los cuerpos podridos bajo el agua.

—De acuerdo, investigaré este asunto, pero va a tener que mover más la lengua, me hacen falta datos y espero que todo no sea el fruto de una borrachera o un vulgar engaño para ganar unos francos.

—Sólo quiero ganar unos francos para morirme poco a poco y en paz, te lo juro, muchacho. Lo que te estoy diciendo es la verdad. En los restos del naufragio podrás encontrar lo que te digo, un montón de ataúdes de acero y dentro de ellos, docenas y docenas de desgraciados que dejaron su sudor en los campos de cultivo y en las industrias para terminar de esa manera y, la verdad, no me sorprendería que al barco lo hubieran hundido adrede. ¿Quién podía preguntar por esos obreros clandestinos, si nadie sabía que fueron embarcados en el Mont-Joie como si fueran pequeñas herramientas destinadas al norte de África?

CAPÍTULO III

La boutique de madame Messaline era un establecimiento muy lujoso instalado en el boulevard des Capucines de París. Su elegancia, sin embargo, resultaba tan altiva y fría como lo era su propietaria.

Los martes realizaba pases de sus modelos con maniquíes muy seleccionadas. Ser maniquí de madame Messaline no era nada fácil, había que poseer una serie de requisitos respecto a belleza, medidas antropométricas, atractivo femenino, juventud y algunos detalles más que la propia madame Messaline averiguaba en conversaciones privadas que llevaba a cabo en su despacho, un despacho repleto de femineidad y confort.

Cybele había visto el ensayo de las maniquíes y ahora las volvía a observar, evolucionando frente al público mayoritariamente femenino, Un público de ojos críticos, sólo admirativo en los caballeros que sonreían a las muchachas más o menos disimuladamente. Ni un fallo, ni un gesto en falso. Se movían con una seguridad aplastante por la pasarela. Con sus gestos, con sus movimientos, vendían ropa, pero también eran conscientes de que vendían su propia imagen y siempre era bueno que la gente se fijara en ellas.

En el internado suizo, Cybele había aprendido muchas cosas, pero no a moverse con la desenvoltura y casi desprecio de las maniquíes hacia quienes las contemplaban. Semejaban sacerdotisas que hubieran conseguido elevarse por encima de la vulgaridad de la plebe.

Cybele se volvió hacia una de las columnas revestidas de espejo y se observó a sí misma. Era alta, pero no tan delgada como la mayoría de las maniquíes. Poseía unas caderas firmes pero no anchas, bien redondeadas y nalgas apretadas que resultaban magníficas para ceñirlas con unos blue-jean unisex.

Su busto destacaba, era un busto alto y firme, con grandes aréolas de intenso color. Poseía una mandíbula bien marcada, pero su rostro no era alargado y tampoco redondo, tenía el óvalo adecuado para resultar muy atractivo y sensualmente cálido como lo era su larga cabellera de color castaño-rojizo como sus ojos grandes y brillantes.

“Resultas demasiado cálida para ser una buena maniquí —le había dicho una de las jóvenes que trabajaban para la boutique—. Las prefieren altas, distantes, un poco frías."

Cuando apartó los ojos del espejo, Cybele se encontró con la mirada de la mismísima madame Messaline que con su habitual aplomo y elegancia estaba presentando el pase de modelos. Explicaba cada uno de los detalles sin tener que apoyarse en ninguna hoja de trabajo.

Cybele apenas recordaba a su madre de la infancia; luego, le comunicaron su muerte y se había pasado todo el tiempo en el internado suizo. Cuando llegaban las vacaciones, la trasladaban a una colonia de verano y de esta forma se había criado como un ente sin familia.

Lo único que sabía era que el internado, muy caro, lo pagaba su tío Gustav Schroeder, pero ella no era alemana, de eso estaba segura. Sus dos apellidos eran franceses; en cuanto a las lenguas, debido a la esmerada educación recibida, lo mismo podía expresarse en francés, inglés o alemán. Nada más conocer a madame Messaline había sentido una rápida admiración por aquella mujer tan distinguida.

—Te veo preocupada, Cybele —le dijo madame Messaline cuando ya la boutique había cerrado sus puertas y en ella .sólo quedaban las dos. Las demás maniquíes ya se habían marchado y también las empleadas del establecimiento.

Las luces se habían apagado y sólo quedaban encendidas las de los corredores interiores y las del despacho de la propietaria.

—Verá, madame...

—Querida, entre tú y yo ha de haber más confianza, vamos a pasar mucho tiempo juntas, llámame Messaline. Tu tío me ha pedido que me ocupe de ti y yo le debo muchas atenciones.

—Me siento como desplazada e inútil —confesó la joven, abiertamente.

—Lo que tú necesitas es una buena amiga; alguien en quien poder depositar toda tu confianza.

—Sí, tuve una amiga, pero nos separamos hace ya dos años, ella abandonó el internado antes.

— ¿Muy amigas? —preguntó madame Messaline, intensificando el poder de su mirada.

—Sí,

— ¿Tienes otras amigas?

—No. Por eso a mí me gustaría hacer amistad con las maniquíes, pero soy diferente a ellas, tienen tanta elegancia.

—Son furcias de lujo.

— ¿Furcias? —repitió, casi atónita.

—Claro, ¿qué pensabas, que iban a vivir como viven, por un pase en mi boutique a la semana? Has de poner los pies en el suelo, pequeña. Ellas son de las que hacen dos o tres trabajos extra a la semana, como máximo, les pagan muy bien; ya te lo digo, son de lujo,

para tipos selectos que no quieren problemas de ninguna clase, gente importante.

—No lo sabía.

—Verás, Cybele, una furcia callejera puede hacer veinte servicios en una sola noche.

— ¿Tanto?

—Y más, los chulos las atosigan y se les llevan la plata. Luego hay otras escalas hasta llegar a las furcias caras que pueden hacer uno o dos servicios por noche. Como es lógico, tienen que cobrar lo suyo, pero estas maniquíes cobran mucho más y si atrapan a un tipo fijo que esté podrido de dinero, le sacan hasta los ojos.

— ¡Qué engaño! Yo que las admiraba por su elegancia… Me gustaría ser tan elegante como ellas.

— ¿Y pasar algunos modelos en la pasarela?

— ¿Por qué no?

—Bueno, todo se puede arreglar, pero tú vales más, mucho más que ellas que tienen las cabezas huecas y si piensan en algo sólo es en ganar dinero y gastarlo corriendo, después.

Madame Messaline la condujo a su confortable y elegante despacho en el que había espesos cortinajes de terciopelo rosado y un gran sofá, en ángulo, que cogía dos paredes.

Se acercó a un armario y sacó una caja amplia y aplastada. Se situó, luego, detrás del escritorio lacado en blanco y tocando una serie de botones, fue apagando y encendiendo luces. Quedaron conectados unos diminutos pilotos azules, verdes y rojos, entre los cortinajes y también un foco que iluminó a Cybele. Esta, cegada momentáneamente por la luz, apenas podía ver a madame Messaline, sentada al otro lado de la mesa.

—Yo puedo ayudarte, sí, puedo ayudarte mucho además de acogerte aquí y darte empleo. Hemos de ser grandes amigas, pero para ayudarte debo conocer cuáles son todas tus posibilidades.

— ¿Me va a enseñar a ser maniquí?

—Sí, pero más que eso. Tú serás una gran mujer en la pasarela y fuera de ella. Las chicas que tú has visto sólo parecen grandes en la pasarela, luego son más bien ordinarias y estúpidas, pero para conseguir algo, debes confiar totalmente en mí.

—De acuerdo.

—Entonces, desnúdate y ponte la ropa de esta caja.

— ¿Ahora?

—Sí —asintió Messaline preparándose un cigarrillo que encendió con su mechero de oro—. Desnúdate despacio, con gracia, quiero ver qué capacidad de atractivo tienes, pero sin vulgaridades, ¿eh? No eres una vulgar stripper, quiero comprobar si eres capaz de hacerlo con elegancia.

—Es que así, no sé, me da apuro… —objetó Cybele.

—Yo voy a ser tu maestra. Hazlo como si estuvieras sola. ¿Acaso tienes vergüenza de mí? —preguntó, burlona—. Verás cómo se te pasa ese apuro. Si vieras a las maniquíes todo lo que hacen… Tú tienes probabilidades y yo las voy a pulimentar. Tengo la impresión de que eres un diamante todavía en bruto y he de pulirte de muchos de los prejuicios que has adquirido en los internados; ahora ya no se estila eso de casarse y ser obediente al todopoderoso macho que se convierte en el marido. No, ahora una mujer puede ser tan independiente como un macho.

Cybele comenzó a desnudarse para luego probarse la ropa íntima que le preparara madame Messaline.

* * *

Jean Chambrone, con un cigarro habano entre los dientes, observaba los lujosos automóviles sport de importación. En aquel establecimiento no había vehículos franceses pero si los había italianos, alemanes e ingleses, todos pertenecientes al Mercado Común Europeo pero foráneos de Francia. Colores llamativos, rojos, blancos, amarillos, verdes y azules metalizados. Todo brillaba en aquellos coches de gran cilindrada pero de sólo dos plazas; automóviles caros que llamaban la atención allá donde aparcaran.

Se detuvo frente a un “Maserati” Bora y preguntó:

—Este ¿qué me costaría?

El empleado, muy sonriente, acarició la carrocería del auto de 4.719 c.c. como pudiera hacerlo un joyero con una de sus gemas más estimadas.

—Sólo la vida de un puñado de extranjeros con hambre.

Lo mismo Chambrone que el individuo que vendía los coches de lujo se volvieron. No se habían dado cuenta de la presencia de alguien que se acercó sin hacer el menor ruido, como si sus pies estuvieran almohadillados como los de un felino.

Quien acababa de hablar no era otro que Moses Pacific Savage, alto, de apariencia delgada, vistiendo con estilo deportivo y siempre sin corbata, de abundante cabello negro y lacio con un denso fleco ocultando la frente con un corte a lo oriental. Sus ojos eran de un verde brillante.

Muy bien podía tener mezcla de sangre occidental y oriental, pero ¿quién podía saber en qué tanto por ciento? O quizá no existiera esa mezcla.

— ¿Quién es usted? —preguntó Chambrone, apartando el cigarro de entre sus dientes y sosteniéndolo en la unión del dedo índice y el corazón de la zurda hacia lo alto. Casi semejaba una fiera dispuesta a saltar de abajo hacia arriba.

—Soy M. P. Savage, free-lance.

—Ya, a ti te conozco. He oído hablar de ti y he visto tus burdos reportajes, claro, lo malo siempre llega a mucho público. Te llenas los bolsillos de francos, ¿eh? Bueno, tú eres americano, ¿no?

—Ciudadano americano reza mi pasaporte, pero en realidad soy ciudadano del mundo y por eso estoy aquí ahora, en París.

— ¡Ah! —exclamó, admirativo, para cambiar acto seguido de actitud—. ¿Y por qué no te vas a la mierda?

Con una sonrisa fina y fría, Savage replicó sin inmutarse:

—Ya estoy ante la mierda.

Jean Chambrone, un tipo violento y sanguíneo, oscureció sus ojos y endureció la faz. No estaba acostumbrado a dejarse insultar y reaccionó como era habitual en él. Su puño derecho salió disparado contra la cara de Savage, actuando con la rapidez de una cobra. Era la forma normal de atacar en él, sorprendiendo a su enemigo. Así, si golpeaba primero, golpeaba dos veces.

Como si Savage hubiera tenido la mirada de un camaleón viendo pasar a una mosca, levantó su zurda y aplicó un shuto-uke a la muñeca derecha de Chambrone, desviando su puño y causándole un vivo dolor; no obstante, Savage sólo hizo por defenderse, no replicó para dañar.

Jean Chambrone no se dio por vencido y atacó con la zurda que igualmente le fue desviada. Notó un intensísimo dolor en la muñeca y en el antebrazo, un dolor que le llegaba hasta el hombro; pero, al fin y al cabo hombre de lucha que no se deja vencer con facilidad, atacó con una patada.

Savage actuó de nuevo, ahora con el canto de su pie que alcanzó el tobillo del atacante. Jean Chambrone se fue al suelo golpeando, al caer, el lujoso automóvil de color rojo fuego por el que se interesara en principio.

El empleado del comercio se apresuró a ayudarle a levantarse. Era un posible cliente y no deseaba perderlo. Chambrone le dio un codazo para que le dejara estar.

—Eres muy hábil peleando, ¿eh? ¿Karate?

Savage no respondió a la pregunta; lo que hizo fue interrogar, sin preocuparle, en cierto modo, la respuesta, dándola por sabida.

—Tú eres uno de los socios de esa pequeña naviera a la que se le hundió un viejo barquito.

—No voy a contestarte a nada, ¿lo has entendido? A nada.

—Usted, si no quiere comprar, tendrá que marcharse —advirtió el empleado de la tienda.

Savage le dirigió una helada mirada que bastó para hacerle callar.

— ¿Quiere que le diga lo que hay dentro de los containers, en el

fondo del mar?

En esta ocasión, el marsellés se puso pálido, por primera vez miró a Savage con miedo. Dándose cuenta de lo que podía descubrirse en su propio rostro, cambió de expresión para replicar desafiante.

—No tienes pruebas de nada.

—Tengo un testigo. Por cierto, la compañía de seguros estaba interesada en saber por qué había comenzado yo a investigar, ya que ellos están a punto de pagar la prima, sólo les faltan algunos trámites.

— ¿Un testigo? —gruñó incrédulo Jean Chambrone—. Eso es un farol.

— ¿Un farol? Lo siento, pero estás metido hasta el cuello en un negocio tan sucio como criminal y yo voy a hacer un reportaje sobre este caso porque tengo un testigo, y material; es más, veré la forma de sacar a flote lo que se hundió.

— ¡Imposible!

— ¿Imposible? ¿Acaso porque está en una zona de aguas muy profundas?

Jean Chambrone se dio cuenta de que estaba cayendo en el interrogatorio de Savage y sin querer responder a nada más, se alejó con paso rápido hacia la salida.

— ¡Monsieur, monsieur! —casi gritaba el empleado, intuyendo la pérdida de una venta tan sustanciosa como podía ser la del “Maserati”.

CAPÍTULO IV

Herr Schroeder cerró el dictáfono y a través de los cristales de sus gafas con montura de oro, clavó sus pupilas casi diamantinas en el joven rubio acomodado en una butaca, leyendo L'Equipe.

—¡Hans!

El fornido rubio de la boca torcida asomó la cabeza por encima del periódico como una tortuga asoma la cabeza, antes oculta dentro del caparazón.

—Ve al antedespacho y dile a Van Holland que esté alerta.

—¿Problemas?

—Haz lo que te digo y estad atentos. Si se enciende la luz roja, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Hans dejó el periódico y se marchó por una puerta medio disimulada por una librería. Escasos segundos después se abrió la gran puerta tapizada en cuero y su secretaria dio paso a un hombre joven, alto, de paso elástico y transpirando seguridad por todos sus poros.

—Bien venido, Savage, le esperaba.

Savage se acercó a una de las butacas colocadas ante el escritorio y se sentó echando su espalda hacia atrás. Sus pupilas verdes barrieron el lujoso y confortable despacho.

—No le había avisado previamente de mi visita.

—Sin embargo, le esperaba. ¿Un cigarro? —le preguntó, mostrándole, abierta, una caja de plata labrada.

—No, gracias, Savage no fuma —repuso, refiriéndose a sí mismo.

—Bien, muy bien, eso es lo que hacen los jóvenes con buen sentido. Hoy en día son ustedes más deportivos, han tenido una juventud diferente —siguió diciendo herr Gustav Schroeder, con su fuerte acento alemán—. Se evita el cáncer y los pulmones reciben más aire, se consigue mejor respiración. ¿No es eso, Savage?

—Sí, es eso y mucho más.

—Bien, bien, ya le he dicho que le esperaba; sabía que vendría hasta mí. Sé que ha pasado por la compañía aseguradora.

—Sí, ¿por qué negarlo?

—Yo tengo unas acciones en esa pequeña naviera, es una compañía ruinosa, ya sólo le queda un mercante. En | fin, cuando ése se hunda o lo lleven a desguazar, se habrá terminado la naviera y la sociedad; lo cierto es que resulta ruinosa.

—¿Es ruinoso el transporte de esclavos?

Parpadeó tras las gafas y si algo aumentó de color en su rostro fueron los labios, muy gruesos y sonrosados. Herr Schroeder se controlaba perfectamente.

—No sé de qué me habla, Savage. La verdad, yo quiero que la compañía cobre, de la aseguradora, la prima por el naufragio; es la forma de resarcirme de mis pérdidas en ese negocio en el que nunca debí meterme, pero hay ocasiones en que uno se equivoca. Este negociejo ha sido uno de los peores de mi vida. Lo cierto es que nunca he vigilado de cerca a esos barquitos y si me pregunta qué transportaban le responderé que lo ignoro.

—Vamos, que es usted un santo, herr Schroeder; lo malo es que yo no soy un espejo para usted, de modo que de nada le vale hablarme de su santidad.

—Hombre, Savage. —Disminuyó un poco su paternalismo inicial para pasar a un compañerismo, casi un compadreo—. Ningún hombre metido en negocios internacionales puede ser un santo. Yo soy alemán y los demás socios de la naviera son de otras nacionalidades, ya sabe cómo son estas cosas. Incluso, los barcos se ponen con banderas diferentes por causa de los impuestos. Yo le agradecería que dejara en paz este asunto del naufragio que tiene escasa importancia, así la aseguradora no se pondrá recelosa y pagará la prima sin rechistar.

—Verá, voy a hacer un reportaje a fondo sobre este asunto, ya se lo dije a su compinche Chambrone y supongo que ha sido él quien le ha alertado sobre mí.

Herr Schroeder expulsó el humo de sus pulmones, dejó el cigarro en el cenicero de cristal tallado y, sacándose las gafas, las limpió meticulosamente como si estuviera serenándose.

—Aceptemos que el barco era viejo. De los barcos viejos que naufragan y tienen una póliza de seguros siempre se sospecha. Es posible que hubiera alguna deficiencia, nunca se puede estar seguro del todo, pero si la hubo, se hundió en el fondo del mar.

—Un barco en el fondo del mar se puede volver a sacar a flote.

—Cuando está hundido en aguas muy profundas es difícil.

—No eran aguas pelágicas, sino costeras, es decir, aquel lugar no era de aguas tan profundas como usted suponía. Resulta que hay una plataforma submarina, es como una montaña submarina de cumbre plana en forma de pequeña meseta.

—Parece estar usted muy informado.

—Para hacer buenos reportajes hay que informarse bien primero. Ya ve que hay posibilidades de que los restos del naufragio se pongan a flote.

—Me parecería una solemne estupidez. Es cierto que desaparecieron unos marinos, pero ¿de qué iba a servir sacarlos? El

sepulcro idóneo para un marino es el mar. ¿Qué le parecerían cien mil francos?

—¿Cien mil francos, por qué?

—Digamos por un reportaje que no llegó a terminarse por falta de datos.

—¿Se da cuenta de lo que dice, herr Schroeder?

—Bueno, bueno —se caló las gafas—. Ya sé que es usted un reportero muy importante, que le pagan muy bien sus noticiones en América.

—En todas partes —puntualizó Savage.

—Llegaría a doscientos mil, pero ni un franco más.

—Gracias, herr Schroeder.

—Sabía que nos entenderíamos.

—Todo lo contrario. Tenía mis dudas sobre la exactitud de lo que me ha explicado un testigo, pero si usted me ofrece doscientos mil francos para que cierre la boca, es que ese testigo tiene razón. Ahora ya no me cabe ninguna duda sobre lo que debo hacer.

Herr Schroeder frunció el ceño y escrutó a Savage achicando los ojos. Su rostro aparecía, ahora, duro como el granito mientras la punta de su pie pulsaba un disimulado botón.

—Haga lo que quiera. Es usted un ingenuo.

Savage sabía que ya nada le quedaba por hacer en el despacho del alemán que residía en París, aunque posiblemente tendría alguna mansión en Baviera.

Herr Schroeder era uno de esos tipos europeos, financiero y gánster de altura, con una frialdad que recordaba a la aristocracia de la Gestapo y que le convertía en un individuo sumamente peligroso.

Savage sabía que, aun siendo Jean Chambrone, el marsellés, un mafioso muy peligroso en su ambiente, era peor convertirse en enemigo de Schroeder. Y él, Savage, acababa de convertirse en su enemigo mortal al decirle clara y llanamente que pensaba destruirle.

Estaba jugando con las cartas boca arriba después de jugar un pequeño farol que le había ganado a Schroeder, que se había puesto al descubierto al ofrecerte doscientos mil francos para que callara. La primera jugada la había ganado Savage, pero ¿qué sucedería a la siguiente?

Gustav Schroeder estaba convencido de que iba a ganar él, porque, descubierto el juego, apostarían fuerte; tan fuerte, como que iba la vida misma en el juego.

Savage llamó al ascensor en el rellano que ocupaban las oficinas del frío y duro alemán al que había ido de perlas, para sus negocios, la libertad de acción en economía y radicación del Mercado Común Europeo; unos negocios que vistos a través de aquellas oficinas y despachos semejaban muy honorables cuando estaban muy lejos de tal

cosa.

A través de la circunferencia de cristal de la puerta de hierro del ascensor vio luz y entonces la abrió. Pasó a la cabina vacía, dejó que la puerta se cerrara automáticamente y pulsó el botón de la planta.

La cabina comenzó a descender acelerándose, pues era un ascensor ultrarrápido. De súbito, con un ruido que penetró claramente en el cerebro de Savage, se frenó y quedó entre dos pisos. A Savage le mosqueó aquel tropiezo repentino.

Cualquiera podía quedarse atrapado en una cabina de ascensor entre dos pisos, bastaba con que se fuera el fluido eléctrico para que ocurriera tan desagradable suceso.

Trató de forzar la puerta que quedaba más abajo, pero le fue imposible mover los tetones de acero, debían estar bien encajados en las puertas metálicas. Estaba en una trampa en la que había caído ingenuamente. Era lógico que después de lo que acababa de decirle a herr Schroeder éste no le dejara llegar muy lejos e incluso había pensado que podían esperarle en el parking subterráneo, pero detener el ascensor del edificio ya era demasiado cuando en aquel lugar sólo una de las plantas de oficinas pertenecía a Schroeder; o quizá fuera dueño de todo el edificio y alquilaba a otras financieras el resto de las plantas.

Por detrás del cristal pantalla opal del techo comenzó a descender al interior de la cabina un gas que Savage no sólo pudo notarlo, sino también verlo. El gas se extendía en espirales disponiéndose a invadirlo todo, a envolver a Savage y a meterse en su sangre.

Comprendió que quienes le habían preparado aquella trampa debían haberlo previsto todo, excepto sus técnicas orientales. No podía salir del foso arremetiendo contra las paredes de la cabina, pero podía hacer otra cosa para la cual sí estaba preparado.

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en un ángulo de la cabina. Semicerró los párpados y comenzó a respirar muy despacio, disminuyendo el ritmo respiratorio e, incluso, el cardíaco, para que no se bombease tanta sangre. Dominar aquella técnica de aletargamiento sólo lo conseguían yogis y gurus de la India y algunos chinos que habían llegado muy lejos en el autocontrol de sus cuerpos.

M. P. Savage podía controlarse, no era la primera vez que lo hacía; por ello, cuando el gas llenaba ya la cabina, él no tosía. Su respiración era tan mínima que un médico que entrara con prisas en el ascensor le habría dado por muerto. De aproximar su oído al pecho de Savage, no habría podido escuchar los latidos del corazón.

El ascensor, repleto de gas narcotizante, volvió a ponerse en marcha y se detuvo más arriba. Se abrió la puerta y aparecieron dos hombres altos y rubios. Uno de ellos tenía la boca torcida.

Contuvieron la respiración y agarraron el cuerpo de Savage sacándolo del ascensor. Cerraron la puerta e inmediatamente se puso en marcha un extractor de aire dentro de la cabina, limpiándola de gas para que nadie más se quedara dormido en ella.

Savage, que casi había detenido su corazón y su respiración hasta el extremo de que en realidad apenas había respirado cuando estaba rodeado de gas, comenzó a volver a la normalidad recuperando su ritmo cardíaco y la respiración. Aquello ocurrió mientras era arrastrado por un corredor cogido por los pies, haciendo que su espalda resbalara por el suelo encerado.

Se daba cuenta de que tratarían de torturarlo para que dijera dónde estaba el testigo del que había hablado y luego le matarían, pero no iba a darles ese gusto y cuando uno de ellos le soltó el pie para abrir una puerta...

—¡Kiaiiii!!

Se impulsó hacia arriba con las manos y con el pie que acababan de soltarle, propinó una keriage al mentón de Van Holland que seguía sujetándole un pie. La fabulosa patada alcanzó al holandés debajo de la barbilla arrancándole un gruñido dé dolor mientras el otro se volvía para ver lo que ocurría.

Hans, sin comprender cómo Savage había podido reaccionar tan pronto, pues ignoraba que éste había evitado respirar el gas que no consiguió penetrar en su cuerpo, sacó del bolsillo una porra de plomo enfundada en plástico y arremetió contra M. P. Savage. Más éste ya no estaba en el lugar donde la defensa de plomo batía el aire.

—Kiaiiiii...

Su kiai silencioso, pero que conmovía a sus enemigos, hizo tambalear a Hans que recibió un gyaku-zuki en el bajo vientre. El puñetazo entró de abajo arriba; Hans brincó en el aire llevándose las manos a los testículos doloridos mientras sus mandíbulas se separaban a causa del intenso dolor.

Van Holland, pese a tener la mandíbula desencajada, pudo sacar una gran pistola con silenciador acoplado para disparar sobre Savage. Más éste, con un golpe de pie, hizo saltar el arma por el aire. Giró después sobre el pie que descansaba en el suelo y le propinó un empi-uchi al estómago.

El codazo fue tremebundo y Van Holland quedó contra la pared con la boca más torcida que su amigo Hans, buscando aire ansiosamente. Savage quiso rematar la situación y colocándose frente a él le aplicó un yama-zuki, el doble puñetazo en forma de herradura.

El puño izquierdo se metió en la base del cuello, en su unión con el hombro, lo que hizo que a Van Holland se le torciera la cabeza mientras el otro puño, de abajo arriba, les aplastaba los testículos contra el hueso sacro.

Van Holland se escurrió por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Por su parte, Hans había desaparecido ante el tremendo huracán en que acababa de convertirse M. P. Savage.

Van Holland quedaba totalmente fuera de combate, inconsciente durante unas horas, posiblemente, y Hans había desaparecido por una puerta, de tal modo que nada le restaba hacer allí. Decidió comenzar a descender, rechazando ahora hacerlo por el ascensor.

Bajó dos pisos, peldaño a peldaño, pero muy aprisa gracias a la elasticidad de sus piernas. De pronto se encontró de nuevo en el rellano en que se ubicaban las oficinas de herr Schroeder. Se detuvo, miró la puerta y la empujó, dirigiéndose, sin vacilar, al despacho del alemán.

La secretaria, al verle, se levantó para cortarle el paso, mas no lo consiguió. Savage ni la tocó, la fintó y empujó luego la puerta del despacho de Schroeder.

Este, ante la presencia de Savage, entreabrió un cajón con rapidez. Tuvo ocasión incluso de empuñar una “Browning”, mas no consiguió apretar el gatillo porque Savage le atenazó la muñeca, se la torció, y después le propinó un puñetazo en la boca, justo debajo de la nariz para no reventarle los lentes contra los ojos.

Herr Schroeder cayó en su butaca giratoria mientras se secretaria chillaba histérica.

—¡Cállese, estúpida! —ordenó Schroeder con los labios reventados, deslizándose la sangre hacia su barbilla.

La secretaria enmudeció de golpe, como si fuera una muñeca a la que sólo hacía falta apretar un botón para que dejara de funcionar.

—Eso es sólo el principio, herr Schroeder. Si usted decide emplear la violencia, yo le replicaré con violencia, no me dejará otra alternativa.

Anduvo hacia la puerta y al llegar a ella se volvió de nuevo hacía Schroeder para añadir:

—¡Ah! Sus muchachos andan por arriba; no estaría de más que pasaran por la enfermería, puede que se les haya roto algo.

Se marchó dejando a herr Schroeder pensativo, con la boca manchada de sangre y mascullando frases inconexas entre las que se mezclaban insultos más propios del vocabulario del marsellés Chambrone que de él, un individuo frío y metódico. Más había sufrido un tropiezo y él no estaba acostumbrado a perder.

CAPÍTULO V

Juanito Chancleta había convertido el pequeño apartamento alquilado en un laboratorio fotográfico y de composición. Sobre un tablero clavaba con chinchetas las fotografías que había ido revelando.

Chancleta, reportero gráfico, compañero de fatigas de M. P. Savage y Ricky, el gigante japonés, al contrario que estos dos era muy bajito, apenas llegaba al metro cincuenta y no pesaba más allá de los cincuenta kilos.

Cualquiera, al verle tan pequeño y oscuro de piel, como la inmensa mayoría de los portorriqueños, habría pensado que apenas tenía media bofetada, pero se equivocaban plenamente. Juanito Chancleta poseía una agilidad gatuna, pero de gato montés. Trepaba por los lugares más inverosímiles con una facilidad asombrosa; lo mismo que se podía filtrar entre rejas o desaparecer por agujeros que apenas eran grandes rateras.

M. P, Savage sabía aprovechar bien las cualidades de Juanito, encomendándole siempre misiones difíciles para tomar filmaciones o fotografías, material que luego el mismo Juanito se preocupaba de revelar como estaba haciendo en aquellos momentos en que M. P. Savage se personó en el apartamento.

—¿Todo bien, Savage? —preguntó Juanito.

Antes de responder, Savage se acercó al tablero de composición, observando las fotografías ya secas.

—No va mal. He levantado la caza, están asustados y se moverán, haciéndose notar. Ellos mismos se pondrán la soga al cuello

—¿Y si deciden huir?

—Es una posibilidad, pero siempre se les podría seguir la pista. De todos modos, lo más importante es que la opinión pública conozca la verdad, todos los detalles de este sucio negocio de la esclavitud del siglo XX en la civilizada Europa, obreros clandestinos inmigrantes, mal pagados y explotados, y que cuando ya no hacen falta son hundidos en el mar.

—Es horrible —exclamó Juanito, con sinceridad.

—Sí, y por eso se debe conocer. Capturar a esos criminales es cuestión de la ley; nuestra misión es realizar un reportaje completo, denunciarlo, y para ello hemos de obtener el máximo de datos.

—Los obtendremos, éste será un gran reportaje.

—A lo mejor te dan el Pulitzer por una de las fotografías.

—A mí no me interesan los premios; a mí me interesa la

satisfacción del trabajo bien hecho.

—Así es como piensa un buen budoka, Juanito, y tú eres de los mejores. Por cierto, ¿el viejo marino se dio cuenta de que lo fotografiabas?

—No, y tengo buenas fotografías de él.

—Hay que dar rostros para que la gente los vea, para que vean el asunto como algo más cercano, algo más verdadero, algo que les atañe de cerca y no que dé la sensación de un suceso lejano que no les interesa.

—Lo conseguiremos. ¿Qué te parece el barquito?

Juanito señaló dos de las fotos clavadas con chinchetas en el tablero.

—¿Es el Mont-Joie?

—Sí, el mismo barco que naufragó sin dejar supervivientes. Sólo cuatro cadáveres flotando, los que tuvieron tiempo de salir a cubierta y cuando se hincharon bajo el agua salieron a flote.

—Los demás estarán atrapados dentro del casco del barco. Hubo fuego, a juzgar por la llamada de socorro que fue lanzada en el último instante, pero el barco se debió hundir con tanta rapidez que, posiblemente, el casco permanezca entero bajo el agua.

—He seguido haciendo averiguaciones y parece hallarse en aguas demasiado profundas.

—Sí, pero esos canallas negreros tienen ahora la inquietud en el cuerpo y es muy posible que vayan a averiguar, por sí mismos, si se puede rescatar el barco o no.

Savage se metió en la ducha para lavarse y estimularse con el agua fría, mas no dejó de hablar con Juanito, ya que la puerta del baño quedó abierta.

—Ellos no están seguros de que no puedan sacarse a flote los restos del barco y saben que si eso sucediera estarían perdidos.

—¿No buscarán a Rafler?

—Sí, sí lo buscarán, pero está bien escondido y no van a dar con él. En realidad, sólo saben que yo voy a comenzar el reportaje, si siguen a alguien será a mí; pero no te preocupes, que antes de venir aquí he dado algunas vueltas; nuestra madriguera no la encontrarán.

—Esperemos que tampoco al viejo Rafler. Siendo el único testigo, no creo que le dieran mucho tiempo de vida.

—Yo sacaría al viejo de París, pero él se niega a marcharse hasta que no pague lo prometido.

—¿Y lo pagarás?

—Sí, se está jugando la vida con esta denuncia.

—De todos modos estaba jugándosela, pero habría sido más honesto presentando su testimonio a la justicia, ¿no?

—Sí, pero él temía que su testimonio no llegara a su destino.

—Yo lo que veo es que quiere sacar una buena tajada de este negocio y eso no es jugar limpio del todo.

—Opino lo mismo. Ese viejo no es ningún santo, él ya conocía esos traslados de obreros clandestinos en otros viajes y jamás dijo nada, pero ahora se ha encontrado sin barco y asustado.

—¿Y cree que con el dinero que tú le des se podría hacer un buen refugio?

—Algo de eso hay, pero yo, como tú, opino que no lo conseguirá.

—¿Lo pondrás al descubierto?

—Yo, no, pero cuando se sepa todo, la Justicia intervendrá y a él, además de su testimonio, le pedirá explicaciones. Después, en un proceso, ya vendrán los atenuantes, pero en principio no creo que se libre de un proceso.

—¿Se lo has dicho a él?

—No, y no creo que vaya a consultar con un abogado. El quiere resolver el problema a su manera.

—A mí no me da lástima ese Rafler. Si no hubiera cerrado la boca antes, es posible que no se hubiese producido el naufragio del Mont-Joie con los obreros clandestinos dentro.

—Tienes razón, Juanito, pero ya no tiene remedio; sin embargo, deteniendo ahora a todos esos negreros del siglo XX, podrán salir a la luz las cantidades de extranjeros del Mercado Común explotados.

—¿Y los empresarios que los contrataron no tratarán de echar tierra al asunto?

—Seguro, e incluso algunos gobiernos. Habrán presiones importantes para que todo este asunto no saiga a la luz pública, pero si encuentro la lista de los empresarios que contrataban a esos hombres, a bajo precio y sin legalización, palabra que la publico.

—Entonces reventarán de rabia —comentó Juanito Chancleta.

—Sí, y espero que sus familiares y amigos los puedan ver tal como son.

—Será un asunto que levantará ampollas.

M. P. Savage se cambió de ropa y se despidió de Juanito, diciéndole:

—Sigue con tu trabajo y hazte con unos equipos submarinos en Marsella; tenlo todo listo con una embarcación de alquiler.

—¿Grande?

—Lo justo, si hace falta una embarcación grande ya me pondré de acuerdo con la empresa aseguradora; a ellos les interesa no pagar la prima y si hay alguna posibilidad de demostrar que se trata de un asunto criminal, pondrán los medios necesarios para descubrirlo.

—¿Y si está demasiado profundo y no alcanzamos con los trajes submarinos?

—Si hace falta, contrataríamos a un batiscafo.

—Dispuesto a todo, ¿eh, Savage?

—Sí, dispuesto a todo. —Y se marchó.

En la calle tomó un taxi y se dirigió a un selfservice de Montmartre.

Mortflat ya estaba dentro frente a un plato combinado. Savage tomó su bandeja y la llenó con un plato también combinado, una naranjada, pan y yogurt.

—Te has adelantado a la hora, Mortflat —le dijo a guisa de saludo.

—Es que tengo que ver a unos colegas.

—Bien, terminaremos pronto, ¿Has sonsacado algo más a Rafler?

—Poco, dice que se han hecho varios viajes con el Mont-Joie.

—¿Siempre llevando a los trabajadores dentro de containers?

—Asegura que sí, aunque advierte que cuando estaban en alta mar abrían los containers y los dejaban pasear por cubierta. Cuando se acercaban a la costa les obligaban a meterse dentro.

—Lástima que no tuviera fotografías.

—Dice que en su armarito del barco tenía algunas fotos, que si no se han estropeado y se pudieran rescatar, servirían.

—Creo que lo más elocuente serán los containers con su macabro contenido.

—Esperemos que todo no sea producto de una borrachera de Rafler.

—No, yo pienso que sí han sido capaces de meter a los trabajadores en containers y hundir luego el barco.

—¿Con el capitán incluido?

—El capitán no ha aparecido, podría estar en alguna otra parte.

—Sí, es una posibilidad —admitió Mortflat, mientras terminaba con su plato.

—¿Has averiguado algo más de esa gente?

—Seguí a Chambrone como me pediste y no hizo nada en principio. Fue al hotel, pero dos horas más tarde salió y fue a una boutique del boulevard de Capucines.

—¿Al de madame Messaline?

—¿Lo sabías? —preguntó Mortflat, asombrado.

—Sí. He averiguado que esa mujer también tenía acciones y le corresponde una parte. Me ha costado descubrirla, en realidad tiene pocas acciones y no es seguro que esté involucrada.

—Puede que no le hayan contado nada sobre lo que hacían con el barco.

—Quizá;. sin embargo, si tú dices que Chambrone ha ido a verla, eso ya la hace sospechosa.

—¿Y si ella está complicada, también la denunciarás?

—Naturalmente. Yo hago la denuncia completa con pelos y señales; luego, que la ley y la justicia se encarguen de lo que les corresponda. Lo único que haré es tirar de la manta.

Mortflat se disculpó por la prisa que tenía y se marchó cuando Savage aún no había concluido su cena rápida en el selfservice de Montmartre. Para él, la noche no había terminado, justo acababa de comenzar, una noche que no pensaba vivirla como la viviría cualquier turista holandés, italiano o español, con la ruta de los travestis y el nudismo integral, para terminar en la última sesión del Lido que ya estaba dejando de ser de lo más importante, porque en ciudades también europeas como Barcelona, existía un Scala que emulaba al Lido parisién.

No, M. P. Savage no seguiría aquella ruta que los turistas hacían al trote, pegados a los talones de un guía.

Tomó un taxi y se dirigió al elegante y señorial barrio de los Campos de Marte, frente a la impresionante Tour Eiffel. Aquellas casas, de no demasiada altura, estaban cargadas de sabor y allí el ambiente no se había degradado, no se había llenado de rameras internacionales y tampoco los obreros blancos o negros aguardaban su turno para fornicar, por unos pocos francos en el día o la noche del sábado, como si hubieran estado esperando toda la semana, aquel pseudo paraíso de cartón, que obtenían al precio de unos miserables francos que aquellas furcias sorbían como auténticas máquinas tragaperras, siempre a punto y siempre inagotables.

En aquel barrio, por su paz, por su ambiente, uno podía llegar a tener la sensación de que al abrirse una de las puertas que daban a la calle o los pequeños jardines podía aparecer Maurice Chevalier con su canotier y su bastón o cualquier dama con un sombrero de flores de seda; todo, menos un clochard.

Aquellas casas tampoco tenían un aspecto funcional y moderno, frías como clínicas, nada de ello, conservaban el ambiente y el estilo del gran París de principios de siglo, el gran París de los grandes señores, conservado adecuadamente.

Seguía siendo una zona lujosa, un lugar donde cada mansión debía tener un precio o una renta tan alta, que quedaba lejos de las posibilidades de los mortales que cada día tenían que levantarse para acudir al tajo de las oficinas o de las industrias. Tras aquellas casas, por encima de los tejados, lejos de ellas pero por su inmensidad aparentemente cerca, estaba el gran gigante de hierro, la mademoiselle de París, la Tour Eiffel.

Pulsó el timbre de una de las puertas y no obtuvo respuesta.

Allí había instalado un videoteléfono electrónico, pero con suma delicadeza para no estropear el estilo reinante.

Savage aguardó un par de minutos y volvió a pulsar el timbre.

En una ventana del piso cuarto, debajo de la buhardilla, se encendió una luz. Al poco, otra luz se encendió en la puerta de la portería, iluminándole. Savage dedujo que, en aquellos momentos, estaba saliendo por una pantalla de televisión.

—¿Quién es? —le preguntaron.

—¿Madame Messaline?

—Sí, pero ¿quién es usted? —insistió la voz femenina y algo vacilante.

—M. P. Savage, reportero.

Sacó la documentación y la puso delante de donde debía enfocar la telecámara, procurando que la luz le diera de lleno.

—Es que madame Messaline no está ahora, vuelva mañana.

—La esperaré. Déjeme subir, no va a tenerme aquí abajo.

La voz femenina pareció dudar y optó por abrir la puerta electrónicamente.

M. P. Savage tomó el coquetón ascensor donde abundaba el latón brillante y subió al piso cuarto. Ya no había más pisos, como en la mayoría de los edificios allí existentes.

La puerta estaba abierta y en su umbral una joven alta y hermosa, de cabellos castaños, le esperaba envuelta en una bata azul.

—¿Tan importante es lo que tiene que hablar con madame Messaline? Savage se detuvo. Escrutó a la chica más que la miró y luego dijo:

—Tú no eres la doncella. ¿Acaso pariente de madame Messaline?

—Pues... —vaciló— me llamo Cybele, trabajo con madame Messaline en su boutique.

Soy su... —volvió a dudar— su secretaria y vivo aquí con ella.

M. P. Savage se adelantó y volvió a detenerse, esta vez a un palmo del rostro femenino.

—Tienes unos ojos muy brillantes, pletóricos de vida, debes ser una mujer ardiente. Después pasó al interior de la vivienda, ella no supo cómo detenerlo. Savage avanzaba con gran seguridad, como si fuera el dueño de aquel espléndido apartamento que cogía toda la planta, incluida la buhardilla, a deducir por la escalera de caracol que subía.

—Bonito, confortable y hasta elegante. ¿Todo del gusto de madame Messaline? — preguntó yendo hacia el pequeño bar y sirviéndose un whisky corto con mucho hielo, ya que el frigorífico estaba incluido.

—La verdad, no sé si he debido dejarle entrar, no estando madame Messaline. No me ha contado que le conociera a usted, monsieur Savage.

—¡Uy! Eso de monsieur no es necesario, pequeña, llámame Savage como todos. Bueno, todos no me llaman Savage, algunos me

llaman hijo de perra.

Tras aquella puntualización, el hombre bebió parte de su whisky con hielo y Cybele se quedó un poco perpleja, sin saber qué responder.

—¿Ha venido por aquí herr Schroeder?

—¿Herr Schroeder?

—Sí, el alemán.

—Pues no, no ha venido.

Savage comprendió que si aquella hermosa joven conocía a Schroeder, eso hacía que madame Messaline resultara aún más sospechosa, ya que también conocía a Jean Chambrone, el marsellés,

—¿Desde cuándo?

—No sé; la última vez lo vi en la boutique.

—Ya, aquí madame Messaline no recibe a nadie, ¿verdad?

—Pues no mucho, claro.

—¿Cuántos años tiene madame Messaline?

La pregunta fue hecha a boca de jarro y la hizo cuando se fijó en una hermosa fotografía en la que aparecía la propia madame Messaline. No sonreía y se hallaba sobre un caballo.

—No lo sé. ¿Los periodistas siempre entran en las casas a media noche, ametrallando a preguntas?

—Cybele, te voy a decir algo que tú ya sabes, pero igualmente voy a decírtelo. —Hizo una breve pausa y volvió a beber, apoyando el codo en la barrita de bar, lacada en azul brillante con dorados al estilo chino.

—¿Qué va a decirme?

—Pues, que eres muy hermosa y que no te sientes segura de nada; no sabes si haces bien o mal. Tienes una desorientación total.

—Y usted se cree muy listo, ¿verdad? —preguntó ella, reaccionando con viveza, como dispuesta a no dejarse avasallar.

—Cybele, tú no eres una delincuente y todavía no sabes si está bien que vivas con madame Messaline, pero ella sí lo es. Además, detesta al sexo contrario. No manifiesta públicamente su repugnancia por los hombres, pero debe sentirla; es algo que se palpa en el ambiente. Sólo dos mujeres juntas y la débil es joven, muy bonita, nerviosa y desorientada, seguro que no tienes padres.

—¡No voy a responder a ninguna pregunta!

—Eso indica que he dado en el clavo.

—Será mejor que se vaya, no sé cuándo regresará madame Messaline.

—Cuando regrese, hablaré con ella. En cuanto a ti, mejor sería que cogieras tu maleta y salieras de esta casa. Tengo la impresión de que madame Messaline, tan sofisticada, tan elegante, tan chic, no es más que una cobra faraónica; donde muerde, lo va a emponzoñar todo. Fíjate en esta fotografía, ¿la ves? —señaló el retrato que antes

llamara su atención.

—¿Qué tiene de particular?

—Pues que no hay ningún signo más varonil que ella. Es decir, ha tenido buen cuidado de que al caballo se le vean los testículos y ella lo está montando, pero no por placer sino por afán de dominio y expresión de su superioridad. ¿No ha tratado de hacerte fotografías, desnuda?

—Por favor, ya se ha pasado de la raya.

—He acertado, ¿verdad? Seguro que guarda un álbum tuyo. Mejor lo coges y lo quemas, nunca se sabe. Si se irrita contigo, es capaz de venderlo a buen precio a alguna revista pornográfica.

—Esto es el colmo, ella no es, no es… —Le temblaron los labios y se dejó caer en el sofá, echándose a llorar.

—Vaya, al fin el derrumbe. No quería lastimarte, Cybele, pero me he dado cuenta de que te hacía falta un buen consejo. Estás desorientada. Ahora, no me veas corno a un sinvergüenza aprovechado; piensa en mí corno si fuera un psicólogo y tenme confianza,

—¡No, no, no!

—Está bien., Anda, recoge tus cosas, nos vamos.

—¿Cómo? —balbució atónita, con los ojos llenos de lágrimas.

No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podía llegar aquel hombre, un completo desconocido, entrar en la casa como si fuera suya, decirle todas aquellas gruesas inconveniencias y pedirle, después, que hiciera la maleta y, sin más, que le siguiera?

—Te he pedido que cojas tu maleta, tus cosas, que no creo que sean muchas, pues supongo que todo aquí pertenece a madame Messaline y que te vengas conmigo — repitió.

—Pero ¿adónde?

—Mira, te pones ropa adecuada. El taxista llevará la maleta a un apartamento donde tendrás tu propia habitación, sin nadie que te moleste, y tú y yo nos iremos al Maxim’s y allí haremos una cena de media noche, verás cómo te gusta. A que no has cenado nunca en Maxim’s…

—No —denegó ella, dejando de llorar y brillándole mucho los ojos por las lágrimas y por una irreprimible ilusión que no pudo ocultar.

—Pues, en marcha.

—¡Es que usted es un perfecto desconocido y…!

—Y te han prevenido contra los hombres malos, claro, pero seguro que no te han alertado contra las mujeres como madame Messaline, ¿verdad?

—No.

—¿Dónde te has educado?

—En Suiza.

—¿Y quién pagaba?

—Herr Schroeder.

—¿Herr Schroeder? —repitió. Ahora, el perplejo era Savage.

—Es mi tío. Bueno, no llevamos la misma sangre pero es mi tío.

—Bien, bien; de todos modos, seguro que te fías de mi, ¿verdad? —preguntó acercándosele y dejando que ella le escrutara el rostro a conciencia.

Cybele miró y admiró los grandes ojos verdes de Savage, de brillantes pupilas verdes, su abundante cabello lacio y negro, cortado al modo oriental, la serenidad y seguridad de su rostro, la virilidad que transpiraba todo él.

—¿De verdad eres reportero?

—Sí. ¿No has visto mi carnet?

—Sí, pero como falsifican tantas cosas. ¿Y americano también?

—De pasaporte, sí, pero soy ciudadano del mundo.

—¿Vives en París?

—Hoy sí, mañana no lo sé. Soy ciudadano del mundo, ya te lo he dicho, pero ¿confías en mí, sí o no?

—Creo que no eres malo, Savage —admitió, con un pequeño suspiro.

—Menos mal; anda, ve a hacer la maleta.

—Pero, si nos vamos ahora, tú no verás a Messaline.

—No importa, creo que lo más urgente, ahora, es abrirte a ti los ojos, yo ya veré mañana a Messaline.

Savage aguardó y al cabo de unos minutos, no demasiados, Cybele apareció con dos maletas. Savage tomó la más grande e invitó a la muchacha a salir de aquel apartamento en el que no encajaba. París, el gran París, el brillante y desconocido París, la aguardaba y aventureramente fue hacia él, de la mano de Moses Pacific Savage.

CAPÍTULO VI

M. P. Savage estaba durmiendo sobre la moqueta, con un almohadón para la cabeza. El apartamento tenía el aspecto de haber sido utilizado como taller y no como vivienda. Juanito Chancleta ya lo había abandonado marchándose a Marsella para irlo preparando todo.

Antes de bucear en busca de los restos del naufragio, Savage quería hallar más datos para mejor componer su reportaje. Cuando la ley interviniese ya no le iban a facilitar los datos que él necesitaba; entonces, todos los reporteros tendrían, más o menos idénticas noticias, y él estaba acostumbrado a dar exclusivas, auténticas primicias que le proporcionaban buenas cantidades de dinero, un dinero que no deseaba para él pero que sí precisaba para abastecer de suministros a Liberty Garden, la universidad de budokas que él había creado y mantenía, y a la que llevaba sólo a contados muchachos y muchachas sin distinción de credos y razas para que ellos fueran los ciudadanos del mañana y que siguieran la labor de denuncia contra los tipos como herr Schroeder, Chambrone, madame Messaline y tantos como ellos. Lastimosamente, muchos de los canallas del mundo, con las conciencias podridas, pasaban en sus respectivos países como personas íntegras y honestas.

En la habitación, Cybele dormía profundamente. Savage podía oír su respiración, aunque esto era gracias a su fino oído, ya que debido a sus duros y constantes entrenamientos había conseguido sensibilizar al máximo todos y cada uno de sus sentidos, mientras el resto de la humanidad, viviendo en áreas urbanas, los iba atrofiando, especialmente el oído, ya que resultaban incapaces de percibir el ruido que producía la caída de la hoja de un árbol.

Savage había proporcionado una noche feliz a la joven; le había mostrado un mundo distinto, no respecto al espectáculo, sino a sentirse acompañada de forma diferente.

Cybele se había dejado llevar mansamente en la seguridad de que su confianza no sería traicionada. Después de pasear por la noche de París, la había llevado al apartamento y le había ofrecido hospitalidad, sin torcidas intenciones. Savage, le demostraba que no había escapado a la influencia de las desviaciones libidinosas de madame Messaline para caer en sus manos, pues lo que hacía Savage era ayudarla. La joven se durmió profundamente, sin temor de ninguna clase.

De pronto sonó el timbre del teléfono que estaba en la mesita de centro.

M. P. Savage sólo tuvo que alargar la mano y tomar el auricular, evitando que sonase por segunda vez.

—¿Diga?

—¿Savage?

—Sí, Mortflat, soy yo —asintió Savage, reconociendo la voz del periodista francés.

—¡Tienes que venir, tienes que venir! —le dijo excitado.

—¿Qué pasa?

—¡Rafler!

—Bueno, ¿y qué le ocurre?

—¡Está muerto!

Savage se sentó en el suelo, muy preocupado.

—¿Cómo ha sido?

—¡Ven, ven, no sé qué hacer, quizá lo mejor sea avisar a la policía!

—Espera, voy en seguida.

Savage colgó el auricular. Cybele continuaba dormida, no se había despertado. Era como si hubiera agarrado muy bien el sueño y no tuviera prisa por despertar. Savage escribió unas palabras en la hoja de un bloc, se vistió y abandonó el apartamento con sigilo, dejando en él a la bella muchacha.

Después, en la calle, avanzó dos cuadras y cogió un taxi que le condujo a Montmartre. Allí, en un sucio edificio, tenían su escondite Mortflart y Rafler. Llamó a la puerta con contraseña y abrió el propio Mortflart; parecía muy preocupado.

—¿Dónde está?

—En el aseo —dijo Mortflart, apenas sin voz.

Savage fue al aseo. Olía a ginebra barata, a alcohol agriado, a orines; olía a humanidad y apenas había luz.

El viejo Rafler tenía los ojos abiertos y la lengua amoratada. Su cuello estaba ceñido por una vulgar cuerda de nylon que colgaba de la cisterna. En el suelo había un taburete medio oxidado que se suponía debía haber tirado para caer ahorcado. Los pies apenas estaban distanciados del suelo, una o dos pulgadas, semejaban tocarlo, pero aquella pulgada de diferencia había bastado para ahorcarlo.

—Yo... Bueno, no estaba aquí, he regresado esta mañana y por lo visto el viejo Rafler, después de beber mucho, se ha suicidado.

—¿Suicidado? —repitió Savage despacio.

—Sí, eso parece.

—No lo creo.

—¿Cómo?

—Yo me voy, y tú denuncia esta muerte a la policía.

—Un momento, un momento —le atajó pálido y nervioso—. ¿Por qué dices que no crees que se haya suicidado?

—Porque un hombre, en estas circunstancias y aun a su pesar, habría dado patadas contra la pared y habría saltado la pintura, que ya es muy vieja. Fíjate, está desconchada en otros lugares y aquí no.

—¿Eso es suficiente?

—Para mí, sí, pero el médico forense será quien diga la última palabra.

—¿Piensas que podrán demostrar que no se ha suicidado?

—No lo sé. En mi opinión, los asesinos de los obreros clandestinos han estado aquí y se han cargado a Rafler para que no hable.

—Entonces, yo me largo.

—¿Adónde, Mortflat?

—¿Adónde va a ser? A Marsella.

—¿Ahora?

—Sí. Yo quería denunciar todo esto, ya lo sabes, pero me retiro, no quiero morir asesinado.

—Si te retiras ahora, puede que la policía sospeche de ti.

—¿De mí? ¡Qué absurdo! ¿Por qué iba yo, a asesinar a Rafler? Me largo, sólo faltaría que me acusaran a mí. Creo que, en esta ocasión, me he pasado de optimista. Siempre he estado buscando una gran noticia para hacerme famoso y ˆahora me encuentro con esto, un suicidio, y tú dices que me van a acusar, precisamente a mí, de asesinato y mientras lo aclaran o no, yo puedo dar con mis huesos en la cárcel. No tengo madera de héroe, no soy como tú y me retiro.

—¿Sabes bien lo que haces?

—Sí, muy bien y me largo de aquí. Si es verdad lo que dices de que han asesinado a

Rafler, he estado de suerte al no pasar la noche aquí.

—¿Y dónde has estado?

—Con una chica. No sabría decirte su nombre, era de pago.

—Un momento, Mortflat.

El periodista francés dejó de recoger sus cosas y miró a Savage a la cara, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—¿Seguro que no quieres retirarte por otros motivos?

—¿Otros motivos, cuáles? ¿Qué tratas de insinuar? ¿No te ofrecí yo este asunto?

—Sí, pero...

Mortflat continuó preparando su pequeña y vieja maleta, y agregó:

—Yo no soy como tú y también sería mejor que te olvidaras de este asunto.

—No voy a hacerlo y menos ahora, estoy atando cabos.

—No llegarás al final. Esto es una mafia, no dependerá de italianos, corsos ni sardos, pero andan involucrados los marselleses y cuando ellos se meten en algo, el asunto se pone muy feo, te lo digo yo que soy de Marsella.

—¿Y si han matado a Rafler, no temes que intenten liquidarte a ti también? Eres un posible testigo.

—Si ven que me retiro me dejarán en paz, así son las cosas por estas tierras.

—Me das lástima, Mortflat.

—¿Lástima? Ya, como tú eres un tipo excepcional te permites el lujo de sentir lástima por los demás, que carecen de tus virtudes, que no son tan brillantes, fuertes ni rápidos en las peleas.

—No se trata de eso.

—¿Ah, no; de qué se trata, entonces? —inquirió, cerrando ya la maleta.

—Be que tienes miedo y por eso no sigues adelante. Un buen reportero, cuando coge el cabo de una noticia como ésta, sigue adelante y luego lo denuncia, pase lo que pase.

—No tengo vocación de muerto.

Dicho esto sacó un pañuelo y comenzó a frotar con energía los lugares donde había posibilidades de que hubiera dejado huellas.

—No podrás salirte de este asunto, Mortflat; ya no puedes, aunque pretendas retirarte ahora.

—Eso está por ver, Savage.

—Si no te encuentran esos gánsteres, te buscará la policía.

—No lo creo. Haré una llamada telefónica para que recojan el cadáver del viejo; nadie podrá reconocer mi voz y nadie me buscará.

—¿Y si queda alguna huella tuya, por aquí?

—Pues nada. Este lugar lo alquilan normalmente y hay huellas mías y de muchos más. Son demasiadas huellas para que, encontrar unas u otras, tenga importancia para un juicio. Cualquier abogado echaría por tierra esa prueba. Esas huellas no son fundamentales, aunque no está de más que tome algunas precauciones y borre las que pueda. Yo sólo soy un pobre diablo, Savage, no me cogerán. La policía tomará la muerte de Rafler como lo que es, un suicidio, aunque tú creas lo contrario. Sé que no te haré cambiar de opinión y que la prensa aireará la muerte de Rafler porque se le suponía en el fondo del mar con el resto de los tripulantes del Mont-Joie.

Savage comprendió que no lograría retener a Mortflat. Sabía, también, que la identificación del cadáver de Rafler pondría a la compañía aseguradora en marcha, pero luego se estrellaría contra el muro de la nada, cuando comprobasen que Rafler era un beodo habitual y que lo que había hecho era escapar del barco; por eso se

había salvado del naufragio, no había otra razón.

—Sólo he perdido el tiempo, Savage, sólo el tiempo y algo de dinero. No es fácil alcanzar la fama como tú lo has hecho y la verdad es que te admiro porque tú desprecias a la muerte. Te enfrentas a ella cada vez que te metes de cabeza en un asunto.

Salieron del apartamento. Ya en la calle, con la maleta en la mano, Mortflat le dijo:

—Llamaré a la policía desde una cabina, yo me encargo de ello.

—Como quieras, Mortflat, es tu responsabilidad desertar o no.

—No trates de moralizar ahora, Savage. Ha sido un placer conocerte en carne y hueso después de oír hablar tanto de ti, entre los colegas de la profesión.

Le tendió la mano, pero Savage no hizo lo propio y la diestra de Mortflat quedó en el aire, en la soledad de no hallar un amigo en Savage.

—Como quieras —gruñó, encogiéndose de hombros—. ¡Adiós!

Le dio la espalda y anduvo en busca de un taxi que le condujo hasta la Gare de Saint-Lazare.

CAPÍTULO VII

Cuando madame Messaline entró en el gran vestíbulo de la Gare Saint-Lazare había mucha gente de todas las razas que entraban y salían de la gran estación ferroviaria de airosa estructura férrea.

Un tren acababa de arribar con campesinos de la Bretaña y exhibían unas pancartas de reivindicaciones. A aquellos campesinos parecía reventarles el centralismo de París, a juzgar por lo que se podía leer en sus pancartas.

Alta, elegante, distante para todo el mundo, sin hacer caso de nadie, madame Messaline avanzaba sin prisas, segura de sí. Pese al ligero toque de maquillaje podía adivinarse que estaba muy disgustada. Rubia platino, con un sombrerito austero e impecable traje sastre, era la representación de la dama distinguida del gran París. Atraía las miradas masculinas, pero su actitud gélida cortaba cualquier acercamiento.

Se fijó en el hombre que estaba cerca del puesto de venta de libros, revistas y souvenirs para turistas. En la mano portaba una vieja maleta con una cinta adhesiva que la cruzaba de parte a parte, una cinta de color negro brillante.

Madame Messaline se le acercó sin soltar su bolso de cuero modelo unisex.

—Por favor, ¿me da Marie-Claire? —pidió al quiosquero.

Mientras cogía la revista, observó de reojo a Mortflat y luego se le acercó, para preguntarle:

—¿Sabe usted a qué hora sale el expreso de Marsella? Mortflat se sobresaltó ligeramente.

—Sí, venga; le indicaré.

Se alejaron juntos del quiosco. Cuando Mortflat estuvo seguro de que nadie iba a oírle, dijo:

—¿Trae el dinero?

—Sí, pero...

—No hay peros, les dije dónde estaba el testigo. Ahora quiero mis cíen mil.

—¿Y Savage?

—No lo sé. Le he dicho que no merece la pena seguir con el caso y yo me retiro, como les dije.

—Hace bien.

—Eso mismo le he dicho a ese entrometido americano.

—¿Dónde vive él?

—Eso lo ignoro.

—Si no hay información, no hay dinero —le advirtió la mujer, tajante, dispuesta a cortar allí mismo el encuentro.

—¡El trato era decirles dónde estaba Rafler! Ya lo han matado y a mí eso no me importa.

—Es usted muy listo, Mortflat, pero no se pase. Intuyo que ha ido provocando hasta conseguir interesarnos. Usted nos buscó y nos dijo que sabía dónde estaba el superviviente del naufragio del Mont-Joie.

—Eso es, y por una miserable suma de cien mil trancos —gruñó, nervioso, apartando el cigarrillo de sus labios para mirar a un lado y a otro. Tenía prisa por hacerse con el dinero y desaparecer; sabía que corría peligro.

—Mortflat, sólo queremos controlar a Savage, Si se mete en más problemas no habrá otro remedio que eliminarlo, de modo que queremos su dirección.

—Yo sólo les pedí cien mil por la dirección del testigo, no había más trato que ése.

—Pues sí quiere el dinero tendrá que soltar la otra dirección.

Mortflat comprendió que madame Messaline no estaba dispuesta a ceder y que tampoco serviría de nada atacarla y tratar de quitarle el bolso. Posiblemente, algún matón de aquella elegante mujer estaría vigilando de cerca y él no era hombre de pelea, aunque en su bolsillo llevaba una vieja pistola. Tenía miedo y estaba dispuesto a usarla si le era preciso.

—¿Cuándo tomaré el dinero?

—Ahora mismo.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Está en ese bolso?

—Sí.

—Démelo —apremió.

—No, todavía no. Primero, la dirección.

Mortflat pensó, incluso, en empuñar la pistola desde el interior del bolsillo de su chaqueta, mas se abstuvo. ¿De qué serviría amenazar a aquella mujer?

—Está bien. Después de todo, ¿qué me importa ese condenado Savage?

—Vamos, la dirección.

Mortflat cedió y dio las señas del pequeño apartamento. Después, madame Messaline le entregó su bolso, Mortflat, receloso, lo entreabrió y al ver los fajos de billetes aceptó.

—Bien, yo desaparezco, pero si alguien trata de hacer algo contra mí, la policía lo sabrá todo.

—Sí, claro, todos los chantajistas decís lo mismo —replicó la mujer, con desprecio. Le dio la espalda, alejándose de él.

Mortflat se sentía sucio, miserable, pero jamás en su vida había tenido una suma de dinero semejante a la que llevaba dentro del bolso de cuero. Había vendido a un hombre, sabía que lo había entregado a sus verdugos para obtener un dinero que, trabajando como un ente mediocre que era, no iba a reunir jamás,

Mortflat había utilizado al mismísimo Savage para provocar el miedo en herr Schroeder, en Jean Chambrone y en madame Messaline. Sí, todo lo había preparado cuidadosamente. Como era de suponer, Savage había, actuado, les había hablado del testigo que se guardaba en la manga y a Mortflat le había bastado con telefonear, luego, para ofrecer el escondite del testigo a cambio de una cantidad razonable. Todo había salido bien y aquellos cien mil francos serían un eficaz detergente para lavar su conciencia.

—Atención, atención, señores viajeros, el tren con destino a Cherburgo ha sido montado en la vía siete…

Una voz masculina repitió el aviso, varias veces, por los altavoces.

Mortflat tenía prisa por subir al tren y meterse en el lavabo para contar el dinero. Quería tocarlo con los dedos, sentirlo suyo; no parecía bastarle haber dado una ojeada. El no era uno de esos hombres fríos a los que semejaba importar poco el dinero. El, además de un canalla, también era un miserable.

Había hecho muchas pequeñas marranadas en su profesión, que no le habían llevado a ninguna parte, y nunca tuvo posibilidades de ganar aquel dinero con tanta rapidez. Ahora era suyo, todo había salido bien. Los traficantes de obreros clandestinos habían pagado sin dificultades y si a Savage le sucedía algo, era problema suyo.

Subió al tren.

Al intentar penetrar en uno de los lavabos del vagón comprobó que estaba cerrado; no lo abrirían hasta que se pusieran en marcha. Se maldijo a sí mismo y a la compañía del ferrocarril por tomar aquella precaución para que los andenes no se llenaran de excrementos humanos. Tenía prisa y el tiempo que faltaba para que el tren iniciara la marcha se le antojaba eterno.

Anduvo por el corredor en busca de un departamento en el que estuviera solo; bajaría la persiana de la ventana.

Un empleado entró silbando en el vagón. Era alto, elástico, fornido; un negro senegalés de los que tanto abundan en París.

—Monsieur, ¿tiene reserva? —preguntó a Mortflat, abordándole.

El periodista marsellés se sorprendió y al mirar al negro, le vio sonriente. Titubeando, dijo:

—No, no, buscaba un sitio libre…

El senegalés le guiñó un ojo, y dijo:

—Puedo ofrecerle un compartimiento tranquilo. Baja las cortinillas y yo le pongo un reservado en la puerta.

—Bien, bien —aprobó Mortflat, como si viera el cielo abrirse después de una amenaza de tormenta.

Metiéndose la mano en el bolsillo sacó dos monedas de cinco francos que entregó al falso empleado que iba correctamente uniformado, incluida la gorra, Lo que Mortflat ignoraba es que aquel senegalés se llamaba Cornelius.

Este tomó la maleta después de guardarse los diez francos, y pidió:

—Sígame, monsieur.

Le llevó al primer compartimiento. Abrió la puerta, bajó las cortinas y dijo:

—Aquí estará bien, monsieur.

Mortflat no soltaba el bolso unisex. Cornelius le puso la maleta en el portaequipajes y situándose detrás de Mortflat, preguntó:

—¿No está a punto de abrirse la maleta, monsieur?

Mortflat levantó la cabeza, separando mucho el mentón del pecho.

Fue en ese momento cuando el brazo del senegalés le pasó por delante del cuello. La palma de la mano derecha buscó el pliegue del codo del brazo izquierdo, éste se dobló hacia el pecho del senegalés y colocó el canto de la mano zurda tras la nuca de Mortflat, todo en una acción rápida. Mortflat no pudo evitar la presa de estrangulación al desnudo que los judokas denominaban Hadaka-Jime.

Trató de buscar su arma, pero la presión fue brutal desde un principio. Se le abrieron los ojos como si quisieran saltársele de las órbitas. Sus dedos no atinaban a meterse en el bolsillo de la chaqueta, mientras la otra mano quería liberarse del brazo que lo asfixiaba y de la mano que tras su nuca amenazaba con desnucarla.

Cornelius conocía muy bien el empleo de la Hadaka-Jime y el periodista marsellés no tardó en dejar de moverse.

Después, seguro de que su corazón ya no latía, lo soltó y lo sentó, apoyándole la cabeza contra la oreja del asiento como si se hubiera dormido, pero tenía los ojos abiertos.

—A dormir, monsieur.

Le cerró los párpados ocultándole las pupilas vidriosas. Le quitó el bolso unisex y salió del compartimiento cuyas cortinillas bajó. En el exterior colgó el cartelito de reservado.

Cornelius descendió del tren y fue hacia la salida, sin dejar de silbar mientras en su mano se balanceaba el bolso de cuero que seguía conteniendo cien mil francos.

Jean Chambrone, el marsellés, aguardaría en el estacionamiento

a bordo de un “Citroen” DS. No estaría nervioso porque confiaba plenamente en la efectividad de Cornelius.

En todo aquel asunto les había salido un forúnculo epidérmico pero habían sabido extirparlo. Sólo faltaba ya ajustarle las cuentas a Moses Pacific Savage y los problemas habrían terminado.

CAPÍTULO VIII

Era martes y tocaba pase de modelos en la boutique de madame Messaline.

Como siempre, acudía una clientela selecta que no se componía exclusivamente de mujeres francesas, sino también procedentes de los países limítrofes a Francia y también más lejanos; mujeres que por la posición económica de sus maridos o familiares podían permitirse el lujo de tomar un avión e ir a París a por trapos, o mejor dicho, a buscar la moda.

—Está de mala uva, que te lo digo yo —decía en voz baja una de las mademoiselles maniquíes mientras embutía sus pechos dentro del sujetador.

—No será tanto. ¿Y Cybele?

—No ha venido —repuso la otra, encogiéndose de hombros.

—A lo peor es por eso que la madame se ha puesto de mal humor.

—Pues a mí me debe la paga de dos citas, querida, dos citas —recalcó—. Un tipo muy fino pero viejísimo... Te diré, para conseguir algo tuvo que drogarse, si no, ni por éstas. Menudo carcamal y el tipo se ha encaprichado de mí, pero cobrar, cobrar, lo que se dice cobrar, lo hace siempre la madame.

—Es lo acordado, ¿no? —objetó la otra—. Y tú te habrás hecho con buenas propinas, porque ésos, además de pagarles a la madame, siempre sueltan propinillas.

—Bueno, un relojito, pero no voy a irlo a empeñar, y los francos siempre hacen falta.

—A ver si acabáis de cloquear y quedáis listas, que la madame no está de buenas. Vamos, aprisa —les ordenó la encargada del vestuario.

—Lo que te he dicho, la madame está de mala uva. Ya lo he notado, pero como no me pague, me voy, te lo digo, me voy de aquí y me establezco por mi cuenta, que ya tengo muchos amigos y todos gente importante. Después ya sabes, viajes a la Costa Azul o a Torremolinos.

—No te hagas ilusiones, la madame nos tiene bien sujetas. Tiene amigos gánsteres y si te escapas, te buscan, te dan una paliza y te llevan a un burdel de mala muerte para que revientes.

—A mí, no.

Las maniquíes de la boutique del boulevard des Capucines se prepararon para aparecer elegantes, seguras, dignas, sofisticadas.

El paso no fue muy bueno; era como si el mal humor de madame Messaline se hubiera contagiado a toda la sala.

Messaline fue a su despacho y abrió el frigorífico disimulado en la estantería. Sacó una botella de champaña y se sirvió una copa. No le gustaba recurrir al whisky, se había acostumbrado al champaña y no lo cambiaba por ninguna otra bebida. Siempre champaña, bien espumoso, seco y frío.

—¿Me das una copa a mí, también?

La mujer se volvió hacia la puerta, sobresaltada. Parte del líquido de su copa se cayó sobre la moqueta azul que cubría enteramente el suelo del despacho.

—Eh, ¿quién es usted; por dónde ha entrado?

—Me llamo Moses Pacific Savage y he entrado por la puerta, sólo que mi forma de andar no hace ruido.

—¿Savage? —repitió, como si acabara de oír el nombre de un dios maldito.

Le costó unos segundos volver a ser dueña de sí misma, Se llevó la copa de champaña a los labios y bebió su contenido; después se acercó a la botella de champaña y volvió a llenar la copa ofreciéndosela a Savage, al tiempo que le preguntaba:

—¿Te molesta beber en mi propia copa? Sólo tengo una.

—No me importa, pero deduzco que no sueles invitar a nadie de tu champaña.

—Exactamente, no suelo invitar a nadie, pero tú eres una visita tan inesperada como excepcional.

—Te creo —asintió Savage. Llevándose la copa a los labios, bebió el picante contenido. Los ojos fríos de Messaline quedaron fijos en los verdes y brillantes del hombre.

—Me habían hablado de ti, pero no te suponía tan joven.

—No soy ningún niño.

—Ni yo una niña.

—Tú eres una mujer y hermosa, lo admito, pero tu belleza no atrae.

—Todos los hombres no dicen lo mismo —le corrigió tratando de adueñarse de la situación utilizando su voz, su imagen, sus encantos, pues supo ladearse para ofrecer un buen perfil de sus pechos.

—Lo dicen porque nunca tienen un después.

—¿Un después de qué?

—De lo que te imaginas y que no ofreces a ningún hombre.

La sonrisa de suficiencia de madame Messaline se estiró, se hizo más agria, más de combate.

—¿Qué te han contado de mí?

—Nada que yo no note.

—¿Te crees muy macho, Savage?

—Me creo hombre, macho es una parte más de ser hombre, como ser hembra es una parte más de ser mujer.

—Veo que es inútil tratarte como a un joven inexperto. Estoy segura de que habrás trotado en muchas ocasiones en el tálamo del amor, ¿no es cierto?

—Las necesarias, pero no he venido aquí a hablar de mí.

—¿De mí, acaso? —Soltó una carcajada forzada y larga, de fingimiento y sarcasmo a la vez. Luego se llevó la botella de champaña directamente a la boca y bebió el propio gollete.

—Esa no es una forma muy fina de beber.

—Cuando estoy en mi casa, en mi despacho, en mi intimidad, hago lo que me da la gana.

—Yo soy un extraño —le recordó Savage— y, además, periodista. Posiblemente cuando salgas en mi reportaje te describa tal cual eres en realidad, tal como te muestras. Ya ves que te hago un favor avisándote de lo que puedo hacer.

—Tú eres un hombre, un maldito macho, y no escribirás nada sobre mí porque antes te irás al infierno.

—¿Ya habéis acordado eliminarme?

—Sí.

—Pues, brindemos por mi muerte, me gusta que no andemos con tapujos y de que tú te hayas quitado esa maldita careta con la que te presentas ante la sociedad, ante esas damas que vienen a llenarte los bolsillos de francos creyendo que así pueden comprar la elegancia de París.

—Debiste aceptar lo que te ofreció herr Schroeder; te habría ido bien.

—Veo que no me conoces.

—Ni me interesa.

—Moses Pacific Savage no se vende jamás.

—¡Bah! —objetó con desprecio— eso ya lo he oído demasiadas veces. Ahora dime, ¿a qué has venido? No tienes pruebas, no tienes testigos, no tienes nada y el barco está más hondo de lo que tú supones, no es rescatable.

—Eso está por ver. En cuanto al testigo ahorcado, será otro crimen a la suma y sigue, la justicia os lo tendrá en cuenta.

—No te tengo miedo, Savage, no te lo tengo. ¿Quieres más champaña?

—¿Por qué no? —Se dejó llenar la copa—. ¿Tuviste padre?

—¿Yo?

—Sí, tú, aquí no hay nadie más

—Bueno, lo mataron en la guerra, sólo lo recuerdo de fotografías.

—¿Un héroe?

Ella volvió a reírse, agriamente sarcástica.

—Lo mataron porque traicionó a sus compañeros.

—Comprendo. Viviste, te educaste con tu madre y careciste de padre; por eso tienes problemas ahora.

—¿Problemas yo?

—Sí, problemas. No has dejado entrar jamás en tu vida a un hombre que te hiciera sentir mujer. Eres muy femenina y, sin embargo, odias a los hombres. Lo que sucede es que detestas el recuerdo de tu padre y a todos los hombres porque los ves reflejados en él.

—¿Te has metido ahora a psicoanalista?

—No te iría mal visitar a alguno.

—No me interesa. Además, a mí los hombres no me producís ningún efecto, soy alérgica a vosotros.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Te atreverías a resistir un desafío?

—¿Un desafío? —se rió, señalando a Savage con su índice extendido—. ¿Contigo? —

Volvió a reírse en forma obsesiva.

—Sí.

—Eres un idiota si piensas que voy a hacerte el juego.

—Lo que pasa es que tienes miedo.

—Pues ahora tienes verdadero terror.

—¿Terror, a qué?

—A mí y a lo que yo represento.

—¡Machos, machos, basura todos, basura!

—¿Por qué no haces la prueba?

—¿Qué prueba, a qué hemos de jugar, a ser yo la jovencita perseguida y tú el sátiro crápula? —Volvió a reírse, en realidad no dejaba de reírse, como si las burbujas de champaña hubieran invadido su cerebro cubierto de hermoso cabello rubio platino.

—No.

—Si tratas de atacarme, funcionará una alarma y te cogerá la policía,

—No lo creo. Tú no eres de las que acuden a la policía, quieres tenerla lejos, entre otras cosas porque no te conviene y porque se sabría que hace años, cuando eras una muchachita que no se parecía en nada a la mujer que ahora eres, pasaste una temporada en la cárcel por robar un coche.

—Veo que te has informado bien sobre mí.

—Es mi obligación, no puedo dejar cabos sueltos cuando acometo un reportaje y tú vas a ser una figura principal en él.

—¿Estás siempre tan seguro de ti mismo?

—Yo sí; tú, no.

—Yo también —replicó ella, altanera.

—Entonces, acepta el desafío.

—¿Crees que me voy a entregar a ti?

—Yo sólo te pido que seas un poco más pasiva.

—Ni lo sueñes.

—¿Temes reconciliarte con la memoria de tu padre?

—Está bien, acepto el juego y te demostraré que no eres tan irresistible como pretendes, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no utilizarás tu fuerza, que si te exijo que me sueltes, lo harás.

—Aceptada la condición, pero tú me dejarás hacer.

—De acuerdo, será una experiencia nueva, aunque no sé por qué cedo contigo cuando no lo he hecho jamás. Será el champaña o que me has cogido en un momento de baja forma.

M. P. Savage se le acercó de frente y se detuvo muy cerca de ella, tan cerca que pudo besarla, pero no lo hizo porque sabía que ése podía ser su primer y definitivo error.

Madame Messaline, de tan segura que estaba de ella misma, seguía sonriendo sin separar los dientes. Savage, sin dejar de acariciarle los ojos con su mirada y evitando tocarla directamente, para que ella no le rechazara, alzó los brazos y la rodeó sin oprimirla ni estrecharla. Sólo la tocó con las yemas de sus dedos, dedos que desplazó sobre la espalda femenina mientras la miraba a los ojos, situado ante ella.

—Estás tensa como un alambre, desecha tu miedo.

—Déjate de bobadas y termina, que has fracasado —le dijo entre dientes.

Savage practicó la digitopuntura en la espalda de madame Messaline, en una forma que él conocía muy bien y en la que era experto. Los músculos de la mujer comenzaron a relajarse y su respiración, sin que él se lo pidiera, comenzó a hacerse más profunda.

Los párpados fueron descendiendo lentamente sobre los ojos como un telón que se cierra poco a poco. Sintió calor, y unos estremecimientos la recorrieron haciéndola gemir lenta y placenteramente.

—Te encuentras relajada, muy relajada. Te sientes a gusto, mejor que nunca. Yo te voy a hablar de tu padre, de tu madre, y tú me corregirás.

—No, no quiero hablar —protestó ella, casi sin fuerza.

—Relájate, relájate... Te sientes muy bien, te invade una oleada de suave calor. Luego no recordarás nada, sólo despertarás cuando suene el teléfono.

—No, no, déjame.

—Está bien, te dejo, te dejo —le fue diciendo Savage apagando el tono de su voz y apartando uno a uno sus dedos del cuerpo femenino.

—Espera, espera, sigue un poco más, sigue...

Y M. P. Savage no pudo dejar de complacerla...

El timbre sonó fuerte y estridente como podía hacerlo el timbre de alarma dentro del cuartelillo de bomberos. El teléfono se hallaba sobre la mesita de centro, colocada junto al amplísimo sofá de color marfil.

Madame Messaline estaba tendida en él y el persistente timbrazo se le metió en el cerebro. Sacudió la cabeza y abrió los ojos como si le costara mucho hacerlo. Trató de orientarse para averiguar de dónde brotaba tan ensordecedor ruido y descubrió el teléfono al alcance de su mano sobre el mármol rosa. Tomó el auricular para acabar con el molesto timbrazo.

—¿Diga?

—¡Hola, Messaline, soy Savage!

—¿Savage, Savage? —Parpadeó frente al teléfono y se miró a sí misma; estaba desnuda en el sofá—. ¡Savage!

—Veo que te acuerdas de mí.

—¡Canalla! ¿Qué me has hecho?

—Dime la verdad, ¿te encuentras mejor?

—¡Te voy a colgar! —rugió ella.

—¿Al teléfono o a mí? —preguntó él, socarrón, al otro lado del hilo.

—A los dos, pero ¿qué diablos ha pasado?

—Yo deseó la felicidad hasta de mis enemigos. Pon un poco de ti y verás cómo tu vida toma otro significado. Por cierto, olvidé decirte una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó ella más tranquila, dejándose caer otra vez en el sofá como si estuviera en la cama, sin despegar el auricular de su oreja para no dejar de oír la voz de Savage.

—Verás, Messaline, se trata de algo importante. Yo quería hablarte de tus actividades criminales en contra de los obreros clandestinos, iba a pedirte que confesaras tu participación y dieras datos, eso podría significar para ti una rebaja de condena.

—Ni lo sueñes. Jamás me entregaría, Savage.

—Lo sé, pero debía pedírtelo, hay que dar siempre una oportunidad de regeneración antes de asestar el golpe de la justicia.

—No caerá mi cabeza. Todo está bien, Savage, no seas ingenuo.

La verdad es que voy a sentir que mis amigos se encarguen de ti, tengo la sensación de que me has descubierto un mundo nuevo que yo me negaba a aceptar que pudiera existir para mí.

—Verás, yo quería decirte, antes de que lo averiguaras por Otros conductos, que Cybele está conmigo.

—¿Cybele?

Madame Messaline brincó en el sofá colocándose en actitud de gata dispuesta a saltar sobre su víctima.

—Sí, pero no creas que se trata de ninguna venganza ni de que yo quiera aprovecharme de ella, nada más lejos de mi ánimo; sólo que cuando la descubrí comprendí que estaba falta de ayuda y me la llevé conmigo, he querido que lo supieras.

—¡Cerdo, granuja!

—Tranquilízate, a ella no le ha sucedido lo que a ti. El tiempo que ha estado bajo tu influencia sólo ha de ser una experiencia en su vida que no la marque para el futuro. La chica tiene grandes cualidades; yo tengo amigos en todas partes y le buscaré una buena colocación y amistades sanas a las que pueda recurrir si tiene problemas, sólo eso. Quería decírtelo para que no tomaras esta situación en la forma que no es. Dile a herr Schroeder que su sobrina no ha sido raptada; se halle donde se halle, estará por su propia voluntad y tu boutique no es el mejor sitio para ella.

—¡Granuja, cuando te vuelva a ver tendré el placer de arrancarte los ojos con mis propias uñas, juro que lo haré! —gritó, frenética.

Al otro lado del hilo colgaron y se escuchó el significativo pitido que hizo que madame Messaline arrojara el teléfono con furia fuera de la mesita de mármol rosa, haciéndolo rebotar contra la moqueta azul.

Hizo rechinar sus dientes, sus ojos de gata llamearon y todo su cuerpo tembló mientras cerraba los puños, clavándose las uñas en las palmas. Después comenzó a sudar ligeramente. Su suave y siempre bien cuidada piel quedó cubierta por una tenue película de sudor y se dejó caer de nuevo en el sofá.

Comenzó a sollozar y su cuerpo se estremeció a cada sollozo. Sus lágrimas saltaron abundantes y desbordadas, como jamás antes había llorado, y el almohadón del sofá se fue mojando, mientras musitaba de forma apenas perceptible:

—Cybele, Cybele, Cybele… Savage, Savage, Savage… ¡¡Savage, Savage!! —gritó al fin de forma desesperada, como si fuera su propia vida la que escapara de su cuerpo, cubierto de sudor y llanto.

CAPÍTULO IX

Cybele se levantó de la cama, somnolienta y perezosa, como una gatita mimada.

Se acercó a la ventana y miró al cielo. El día estaba muy avanzado y ella bostezó abiertamente, sin disimulos ni inhibiciones. Se volvió y encontró la nota de Savage que leyó. Le dio un beso instintivo y se pasó por el pecho como si quisiera que el espíritu de la letra penetrara en ella.

No recordaba haberse sentido nunca tan bien como aquella mañana. El día era espléndido. Miró la hora.

—¡Uauuu!

Se dio cuenta de que era muy tarde y de que debía estar ya en la boutique de madame Messaline, pero de pronto se dijo para sí, en voz alta, una voz que ella misma pudo escuchar:

—No iré más. Buscaré camino por otros lados, Savage me ayudará. Sí, estoy convencida de que lo hará.

Segura de que no corría ningún peligro, sintiéndose como libre de un gran peso que la había estado aplastando hasta aquella noche pasada, gorjeó un poco mientras se dirigía a la ducha. Dejó caer el agua sobre su cuerpo tras protegerse el cabello con un gorrito de plástico.

Pensó en su tío. Había dependido siempre, o casi siempre, de él, por lo menos así lo recordaba y no sabía exactamente si le debía gratitud o no. En realidad, apenas lo había visto. El se había limitado a pagar las facturas del internado y ella había crecido sin familia, huérfana de afectos, sólo el que conseguía de sus compañeras de curso, por ello le había sido tan fácil tropezar con madame Messaline.

Estaba segura de que iba a comenzar una vida nueva para ella. Era como si súbitamente abriera los ojos para llenarse de una vida de la que estaba hambrienta sin ella saberlo.

Salió del baño. Tomó la toalla, grande y esponjosa, y se secó despacio cuando escuchó un fuerte golpe que la sorprendió. Quedó quieta cuando, de pronto, ante la puerta del aseo descubrió una figura.

—¿Savage?

No, no era Savage. Allí había un negro altísimo, de más de dos metros, ágil, elástico, y también fornido, aunque estuviera muy lejos de parecer gordo. En su mano portaba una palanqueta de acero con la que acababa de reventar la puerta. Tras él, a poca distancia, había

otro hombre armado con una pistola provista de silenciador. Sus ojillos inquisitivos miraban en todas direcciones.

—¡Hola, encanto! ¿Dónde está Savage? —preguntó el espléndido ejemplar físico de senegalés.

—No lo sé, creí que era él —contestó, cubriéndose con la toalla.

—Conque no sabes, ¿eh? —rezongó el negro que no era otro que el ejecutor Cornelius, el cual pasó a la habitación y comprobó que allí no estaba el hombre que buscaba.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé —dijo Cybele, mirando de reojo el papel que había quedado sobre la mesita.

Cornelius captó su mirada y tomó la hoja.

—¿Qué dice, Cornelius? —preguntó el sujeto de la pistola.

—Idiota, no me llames por mi nombré —gruñó el senegalés.

—¿Me buscabais?

La voz sorprendió a todos. El nuevo personaje había entrado sin hacer el menor ruido, como si fuera un gato con patas almohadilladas.

—¡Savage! —exclamó Cybele que por su situación fue la primera en verle. Michael no tuvo tiempo de reaccionar.

—Kiaiii…

M. P. Savage proyectó su pie en ashigatana, cazando perfectamente la mano armada de Michael. Hizo volar la pistola lejos del alcance de aquel matón y Cornelius dio un salto feroz contra Savage, como si de un tigre se tratara, blandiendo en el aire la palanqueta con que acababa de reventar la puerta.

Savage giró sobre su talón izquierdo e inclinó su cuerpo. Así, dejó pasar a su atacante que, al fallar el golpe, lo que hizo fue partir el mueble-estantería al darle de lleno con la palanqueta.

Savage no se preocupó inmediatamente de él sino de Michael que intentaba recuperar la pistola; por ello voló hacia él.

—Kiaiiii…

El kiai silencioso pero demoledor de Savage hizo tambalear a Michael que, de pronto, sintió un durísimo impacto en los riñones; fue como si una mano entera penetrara en su cuerpo. La tegataua que le aplicó Savage le cazó de lleno, las puntas de los dedos golpearon a la altura de los riñones y se hundieron en parte.

Todavía estaba Savage en el aire cuando descargó su zurda con una mano cuchillo, limpia, que le cazó entre el omóplato y la clavícula, cerca del cuello.

El downwará hizo que Michael perdiera el sentido y cayese al suelo desmadejado, como un muñeco roto, mascando el aire con los ojos ya cerrados.

Cornelius se revolvió como un toro furioso y embistió de nuevo.

Sabía que un golpe de palanqueta podía bastar para partirle el

cráneo a Savage y eso era lo que pretendía, aunque le hubiera gustado más aplicar su método habitual, es decir, la Hadaka-Jime. Aquella presa de cuello para estrangular siempre le daba buen resultado; pero cazar al Star-Budoka que era Savage con aquella llave, estando ya en situación defensiva, comprendió Cornelius que le iba a ser imposible.

Savage no tenía tiempo de escapar y Cybele cerró los ojos para no ver aquel asesinato.

El golpe que iba a asestar el senegalés era mortal de necesidad cuando, de pronto, Savage alzó sus manos, cruzándolas en aspa y deteniendo así el impacto.

Por un instante, Cornelius dudó, atónito. No podía creer que un golpe con una palanqueta, como el que acababa de asestar, pudiera ser parado por unas manos cruzadas.

Aquel momento de sorpresa, cuando ya lo creía todo solucionado, fue su fracaso, porque Savage le propinó una patada látigo frontal en el bajo vientre, la demoledora mae-geri de karate.

—¡¡¡Agggg!!!

Cornelius cayó hacia atrás, partiendo la mesita. Savage no quiso darle tiempo para recuperarse y le asestó un mazazo vertical entre los ojos. El tate-zuki bastó para sumir a

Cornelius en las tinieblas.

Savage respiró hondo, llenó sus pulmones de aire cuando Cybele se le acercó, abrazándole ansiosa.

—¿Estás bien, estás bien?

—Sí, no temas —le dijo, rodeándola por la cintura. Cybele miró a Cornelius y preguntó temerosa:

—¿Está, está muerto?

—No. Podía haberlo matado, pero no soy un ejecutor. Estos sujetos terminarán en las manos de la justicia, pero ahora tenemos que abandonar este lugar, ya que lo han descubierto. Vamos, coge tu maleta.

—Sí, sí, en seguida.

—¡Ah, y vístete! —dijo al verla desnuda por la espalda.

—Sí, claro. ¿Adónde iremos?

—Lejos; pronto verás el mar.

—¿El mar?

—Sí, Marsella.

—¿A Marsella iremos ahora?

—Sí.

—¿Y qué haremos allá?

—Tratar de rescatar un barco naufragado.

—¿Lo dices de verdad o te burlas de mí, Savage?

—preguntó Cybele desde la habitación, mientras se vestía apresuradamente.

—Lo digo de verdad. ¿Sabes nadar?

—Sí.

—¿Y bucear?

—Un poco.

—El Mediterráneo es magnífico para bucear. En las islas Baleares hay lugares donde la transparencia del agua es total. Anda, vamos, hay que estar lejos de aquí cuando despierten.

—Sí, sí, Savage, voy a donde tú digas.

Savage tomó las dos maletas de la muchacha y abandonaron el apartamento.

Savage cerró la puerta cómo pudo y después se metieron en el ascensor, descendiendo a la planta.

—Qué miedo he pasado, Savage —confesó la joven, con un estremecimiento.

—Ya ves que no ha sido nada.

—He creído que te iban a matar.

—No es tan fácil matarme.

—¿Y siempre corres tantos peligros?

—Bueno, cuando uno quiere tirar de la manta y dejar al descubierto todo lo que se esconde debajo, que suele ser mucho y podrido, se corren riesgos, es inevitable. Por cierto, ¿sabías que esos dos asesinos trabajan para tu tío?

—¿Para mi tío? —repitió sorprendida—, ¿Para herr Schroeder?

—Exacto.

—No, no lo sabía.

—Aunque te vaya a doler, será mejor que por el camino te cuente algunas cosas; tarde o temprano ibas a saberlas. De momento, lo que te voy a explicar no está confirmado, pero yo creo que es cierto. ¿Confías en mí, Cybele?

Ella lo miró fijamente con sus espléndidos ojos castaños, grandes y cálidos.

Asintió con la cabeza al tiempo que se reafirmaba en forma oral.

—Sí.

CAPÍTULO X

Juanito Chancleta conducía el automóvil en el que también viajaban Moses P. Savage y Cybele, que no preguntaba adónde la llevaban. Confiaba plenamente en Savage, en aquel hombre excepcional que, pudiendo hacerlo, no había tratado de aprovecharse de ella en ningún momento.

—¿Tenéis todo el material?

—Sí, Savage, está a bordo —asintió el portorriqueño.

—¿Sabe el capitán de qué se trata?

—No, no he querido asustarlo; se hubiera negado a prestarnos el barco, habría dicho que estábamos locos.

—Si es una locura o no, ya se verá al final.

—Pero ¿qué pensáis hacer? —interrogó Cybele que de ordinario permanecía callada.

—Pues, sacar pruebas a la luz.

—¿Qué pruebas, las que lleven a la cárcel a mi tío?

Juanito miró a la muchacha a través del espejo retrovisor y preguntó:

—¿Eres pariente de alguno de esa banda?

—Mi tío es herr Schroeder. La verdad es que no llevamos la misma sangre, aunque se siente responsable de mí. Era cuñado de mi madre.

—Juanito, detente dos cuadras más adelante, yo tengo que apearme. He de hablar con alguien importante.

—De acuerdo, Savage —dijo acercándose a la acera y sorteando a otros vehículos.

—Tú, Cybele, te vas con el barco, ya me reuniré con vosotros.

—Lo que tú digas, Savage.

Juanito detuvo el coche y Savage se apeó. El joven portorriqueño reanudó la marcha llevándose a Cybele.

—Aprecias mucho a Savage, ¿verdad? —inquirió la muchacha.

—Sí, todos sus amigos le apreciamos.

—¿Eres en realidad su chófer?

—No, soy su compañero, como Ricky, ya te lo presentaré después Todos somos amigos y compañeros, entre nosotros no existe la palabra subordinado, criado, etcétera. Son palabras que nos caen francamente mal.

—¿Y Savage es un buen compañero?

—El mejor. Se dejaría arrancar la piel en vivo antes de traicionar a un amigo.

—Estoy segura de que tú también lo harías por él.

—Gracias. Por lo menos, yo lo intentaría; en cambio, él seguro que aguantaría. Es capaz de anular el dolor de su cuerpo. Tiene un terrible dominio sobre su cuerpo y su propia mente; es algo que hay que ver en los momentos decisivos. Puede parar su respiración y los latidos de su corazón a voluntad.

—¡Eso es imposible! —exclamó Cybele.

—Para Savage, no, te lo aseguro, claro que no en vano se pasó mucho tiempo bebiendo en las fuentes de los lamas del Nepal y el Tibet. Se ha paseado por centros sagrados de la India y parte de China donde los bonzos le conocen; hasta en la China continental se le conoce.

—Pero si él es americano…

—Savage es otra cosa. Puede desnudarse, tomar la ropa de un chino y ser uno más y así se le aprecia. No desperdicia jamás la ocasión de aprender. Le he visto cruzar con los pies descalzos sobre brasas al rojo, como hacen ciertos indígenas de África y de otros lugares de la Tierra. Puede pelearse con una pitón de la India como haría un faquir o enfrentarse a un leopardo encaramado a un árbol, a punto de saltar sobre él.

—¿Todo eso es capaz de hacer?

—Eso y más, siempre nos sorprende con algo nuevo, por ello es tan apasionante trabajar en su compañía, colaborar con él para obtener esos reportajes-denuncia que levantan ampollas.

—Veo que lo admiras mucho,

—No puedo remediarlo.

—¿Te enseña muchas cosas?

—¿El?

—Sí, ¿quién iba a ser?

—Pues no exactamente él. Yo también soy budoka, digamos que todos los que colaboramos en compañía de Savage somos budokas.

—¿Es condición sine qua non?

—Sí. Si no se es budoka no se puede caminar al mismo paso que Savage, no es posible seguir su ritmo. Savage dice que siempre está aprendiendo y para ello ya tiene los mejores senseis, gurus y monitores en las disciplinas de las Artes Marciales Orientales en Liberty Garden. Allí están los maestros y el propio Savage los trata como a sus maestros.

—¿Liberty Garden, dónde está ese lugar?

—¿Que dónde está? —Juanito soltó una corta carcajada—. Ni yo mismo lo sé.

—¿Que tú no lo sabes; Savage no confía en ti?

—Savage dice que no quiere meternos en problemas. Si en alguna ocasión uno de los que colaboramos con él somos cazados y torturados por los sicarios de la Secta del Dragón Bicéfalo, no podremos decir dónde se halla Liberty Garden porque lo ignoramos. Esos criminales ya conocen esta postura de Savage y no tratan de sonsacamos.

—¿Quiénes son los de la Secta del Dragón Bicéfalo?

—¿No te lo ha contado Savage?

—No.

—Bueno, son unos asesinos pagados por los enemigos de Savage; todos los que han sido denunciados desean que muera Savage y Liberty Garden desaparezca, pero por más que lo intentan no lo consiguen.

—Qué complicada es vuestra vida.

—No, no es complicada, sino más bien sencilla; sólo que yo te lo cuento así de golpe. Creí que Savage te había contado más cosas.

—Y, y… —A Cybele se le secó el paladar antes de preguntar—: La chica, la chica de

Savage, ¿cómo es?

—Pues como todas.

—¿Como todas, qué quieres decir?

—Pues que él es ama a todas, no tiene una chica fija si es eso lo que preguntas. Dice que no quiere tener una familia para hacerla sufrir, para dejar luego viuda y huérfanos. Te aseguro que varias han tratado de ponerle el collar definitivo, pero no lo han logrado.

—¿Y él no se ha decidido nunca…? Bueno, quiero decir…

—Sé lo que quieres decir y sí ha estado enamorado, pero su sentido de entrega al prójimo ha evitado que sea hombre de una sola mujer; claro que siempre existe la posibilidad de que algún día aparezca la mujer que consiga hacerle olvidar esa vida de riesgos y aventura que lleva, aunque lo creo difícil. Mira, ahí está el barquito, es ése.

—Parece de pesca —opinó la muchacha.

—Es que lo es.

Juanito Chancleta detuvo el coche frente a la pasarela y bajó las maletas que fueron subidas a bordo.

Cybele cruzó por la pasarela y al quedar en la cubierta del pequeño y sucio barquito, dio un respingo al ver aparecer ante ella a un ser gigantesco, de más de dos metros y con una corpulencia que la asustó.

—¡Ho… hola…!

—No te apures —le dijo Juanito—, Se llama Ricky y es japonés y lo que hay que procurar es que no se siente encima de uno por equivocación, pesa más de ciento ochenta kilos.

—¿También es budoka
—Sí —asintió el propio Ricky sonriendo ampliamente, lo que ganó a Cybele que dejó de mirarle con recelo.
Ricky tenía el aire de un niño bonachón pero con proporciones de gigante.
El capitán se acercó a Juanito y éste le presentó a Cybele. El capitán, un rosellón abierto, le dijo:
—El japonesito le dirá cuál es el camarote que puede utilizar, señorita.
—Gracias, capitán.
Cuando llegó Savage, un par de horas más tarde, fue directamente al encuentro del capitán y se autopresentó.
—Soy M. P. Savage, capitán. Pida permiso a los del puerto y suelte amarras.
—De acuerdo, nos ponemos en marcha.
—Ya conoce el rumbo, capitán.
—Sí, el rumbo justo hacia el lugar del naufragio del Mont-Joie.
El motor del pequeño barco se puso en marcha, haciendo trepidar todo el casco de acero.
Savage se reunió con Ricky y Juanito, y junto a ellos revisó todo el materia! que era mucho y de calidad.
—¿Crees que resistirán?
—Sí, Juanito, creo que resistirán: sin embargo, lo importante es encontrar el punto justo del naufragio. Sería fácil hallarlo si las aguas fueran poco profundas, pero como no vamos a ver el fondo, habrá que buscar y los riesgos serán considerables.
—¿Está muy pro-pro-profundo? —preguntó Ricky.
—Me temo que sí, aunque yo he tratado de meterles miedo a esos criminales de Chambrone, Schroeder y madame Messaline diciéndoles que no estaban muy profundos. Esperemos que haya suerte. Trazaremos un plan, ya que como la inmersión ha de ser larga y profunda, no. podremos salir a la superficie por causa de la descompresión. No llevamos cámara de recuperación y habrá que ir con cuidado. Aquí no se trata de hacerse el valiente, los riesgos existen y hay que tomar todas las precauciones.
Mientras M. P, Savage preparaba metódicamente su plan, el pequeño barco zarpó rumbo a alta mar con muchas esperanzas, pero enfrentado a la gran incógnita de si podrían acceder a los restos del naufragio. Lo que ignoraban es que estaban siendo vigilados con potentes prismáticos desde una distancia prudencial y una potente lancha rápida comenzó a surcar las aguas con suavidad.

CAPÍTULO XI

El capitán midió la situación con un viejo sextante y acto seguido detuvo el barco al tiempo que colocaba el timón de forma que virara en círculo cerrado; de este modo no se desplazaría de la situación.

—Hemos llegado —anunció el capitán. Savage le pidió:

—Cuando el barco se detenga, eche el ancla, no sé cuánto tiempo estaremos aquí.

—El fondo es inescrutable desde la superficie. Podría ser que el Mont-Joie estuviera lejos de aquí. Cuando se trata de rastrear aguas profundas es muy difícil hallar lo que se busca.

M. P. Savage, que se había embutido en el traje de neopreno, respondió:

—De todas formas, buscaremos.

—¿Cueste lo que cueste?

—Sí, capitán.

—Llevará un buen tesoro ese barco naufragado, ¿verdad?

—¿Un tesoro? Nada me gustaría más, capitán, pero me temo que lo que lleva es algo muy desagradable.

—¿No puede decírmelo todavía?

—No, mejor que no.

—¿Es algo nuclear?

—No, no tema; son unos datos para la compañía aseguradora que ha de pagar la prima por el naufragio.

—¿La compañía aseguradora? Sé que estuvieron aquí y sólo encontraron los restos de la superficie. Los de la Marina confirmaron que el barco estaba naufragado, pero en aguas demasiado profundas para intentar ningún rescate.

—Yo lo voy a intentar a mi manera, capitán.

—¿Con el compresor de aire que se ha traído?

—Sí.

—Va a ser un poco difícil, ¿no cree? —preguntó, sin disimular su escepticismo.

—Supongo que sí, pero intentarlo cuesta poco.

—Puede costarle la vida. Aquí abajo no hay tiburones, pero cuando se bucea en aguas profundas existen muchos peligros para el buceador.

—Los tenemos previstos, capitán, no se preocupe. —Se volvió

hacia su amigo y preguntó—: Juanito, ¿todo dispuesto?

—Sí, Savage —asintió el portorriqueño que también se había colocado un traje de neopreno.

—Comenzaremos la búsqueda ahora mismo, nos quedan pocas horas antes de que muera el día. Si no tenemos suerte hoy, proseguiremos mañana.

—De acuerdo —aceptó Juanito, que iba a ser el hombre intermedio; se mantendría en el agua pero no descendería a las profundidades.

—Savage, ¿por qué te arriesgas tanto? —le preguntó Cybele, muy preocupada.

—Porque es preciso que alguien se encargue de que ciertas acciones criminales no queden olvidadas. Me propusieron hacer un reportaje de algo que sólo escucharlo erizaba los cabellos y no puedo volverme atrás. Si es tal como supongo, tiene que reconocerlo el mundo para que las conciencias despierten y las leyes de los países endurezcan sus actitudes contra cierta clase de negreros de nuestro siglo.

Savage la besó con suavidad en los labios. Ella cerró los ojos y él depositó un beso en cada uno de los párpados femeninos. Después se apartó de la muchacha. Sabía que podía ir hacia su muerte, mas no retrocedería, todo estaba a punto para comenzar la búsqueda.

Juanito aguardaba al pie de la escalerilla. Ricky cuidaba del material y los hombres del barco disponían los paquetes que habían sido subidos a bordo. Reinaba una actividad febril.

Juanito y Savage se zambulleron dejándose caer de espaldas, llevaban ya sus gafas y las botellas de aire comprimido. Juanito entregó a Savage el cabo de una cuerda de nylon que estaba enrollada a un carrete. Savage se la sujetó a la cintura y, llevando consigo un potente foco, se dispuso a sumergirse en las profundidades tras hacer una seña a Juanito para que permaneciera atento.

Moses P. Savage se hundió en las aguas donde el silencio era absoluto y ya sólo podía escuchar su propia respiración. Sabía que el único contacto con el mundo exterior al que pertenecía era aquella cuerda de nylon que arrastraba consigo mientras se sumergía gracias a la sobrecarga de plomo adosada a su cinturón.

Parecía que el cielo se oscurecía, cada vez había menos luz en torno suyo y no era que la tarde muriera, sino que descendía más y más hacia los abismos marinos.

Era consciente del peligro que corría. El límite de profundidad debía marcárselo él mismo si no quería caer en la borrachera de las profundidades que podía conducirle a la muerte.

Llegó el momento de encender el foco; las tinieblas se habían hecho casi completas. Savage no veía nada, ni por encima, alrededor

ni debajo suyo. El potente haz de luz comenzó a barrer las profundidades sin llegar a alcanzarlas y continuó descendiendo aun a sabiendas de que se arriesgaba más y más. Había bajado demasiado y toneladas y toneladas de agua ejercían presión sobre su cuerpo.

De pronto, fantasmagóricas, ante él aparecieron las crestas de unos picos y ello le proporcionó algo de tranquilidad. Estaba sobre unas montañas submarinas, pero existía el riesgo de que el barco naufragado se encontrara en el fondo de un barranco y no lograra alcanzarlo.

Había dicho a los criminales negreros del siglo XX que el Mont-Joie se hallaba sobre una especie de pequeña meseta submarina, pero sólo había sido un farol para asustarles, ya que Savage ignoraba dónde estaban exactamente los restos.

Siguió buscando y pasó el tiempo. Las bombonas de aire comprimido tenían un límite y él necesitaba cierto tiempo de descompresión antes de llegar arriba, por lo que no podía agotar el contenido de las botellas.

Rocas, zonas arenosas, barrancos, todo resultaba fantasmagórico al ser descubierto por la luz que Savage manejaba. De súbito divisó un mástil. Se detuvo y movió despacio el foco, comprendiendo que había encontrado lo que buscaba. El capitán había situado muy bien su barco; no había sido un error confiar plenamente en un pescador de la zona. Aquellos marinos de bajura tenían una habilidad casi instintiva para orientarse en medio del mar.

Se acercó a los restos del naufragio y lo primero que hizo fue sujetar el cabo de la cuerda de nylon que portaba a lo que debía ser la antena de la radio.

Descendió a la proa y comprobó el nombre: MONT-JOIE . Lo había encontrado.

Como un pez más de las profundidades, paseó por encima del mercante y se introdujo por un hueco abierto en el casco, sin duda alguno provocada por una explosión.

Savage podía deducir que la explosión no se debía al estallido de uno de los depósitos de carburante, mas se dijo que aquel asunto incumbía a la policía.

Siguió internándose hacia la bodega y gracias al foco descubrió los containers, auténticas sepulturas de acero. Se fijó en uno de ellos, el más accesible. La tapa estaba cerrada con dos gruesos candados.

De pronto, por los agujeros hechos en el container a modo de respiraderos, vio unos dedos que habían tratado angustiosamente de escapar y allí habían quedado, engarfiados. Ya no cabía duda del macabro contenido de las cajas.

Se acercó a la cuerda de nylon y rodeándola con su mano, sin oprimirla, comenzó a subir, moviendo sus pies de goma en forma de

aletas. Las aguas comenzaron a tomar luz del sol, Savage apagó su foco y continuó ascendiendo. Miró el controlador de profundidad que llevaba sujeto en la muñeca a modo de reloj y cuando observó que le faltaban unos siete metros para llegar a la superficie se detuvo.

Se quitó del cinturón una boya hinchable. Sólo tenía que presionar un resorte de plástico y se inflaba por sí sola. En realidad, era un globo de color verde que ascendió de inmediato hacia la superficie. Aquel globo servía para advertir a los que permanecían arriba que había hallado los restos y que actuaran tal como les había indicado previamente. Había pasado demasiado tiempo sin noticias suyas y estarían sufriendo.

Juanito buceó hasta encontrarle e intercambiaron impresiones con las manos. Savage señaló el manómetro de sus propias botellas de aire comprimido. Juanito subió a la superficie y al poco regresaba con un equipo nuevo. Savage se quitó las botellas que llevaba y se colocó las de repuesto, mientras contenía la respiración. Después de hacer el cambio, Juanito le entregó un voluminoso paquete a cuyo extremo iba unido un tubo reforzado que desaparecía hacia lo alto.

Savage volvió a sumergirse en las profundidades llevando el extraño paquete y cuando llegó al barco naufragado, ahora sin problemas gracias a la cuerda de nylon que le servía de guía, fue hasta la proa y sujetó una cadena que brotaba del paquete al carrete de la cadena del ancla,

Savage confiaba que todo fuera bien, ya que el barco hundido se hallaba sobre un banco de arena. Desató el paquete y una gran bolsa de plástico, que tenía el aspecto de un calamar gigante, ascendió con rapidez, quedando vertical, con el tubo de entrada de aire sujeto a su extremo inferior.

Savage, sin perder tiempo, volvió a subir en busca de Juanito que le aguardaba con otro paquete idéntico al anterior. Savage se sumergió de nuevo y esta vez sujetó la segunda bolsa en la popa, con una cadena. Tras realizar esta operación, soltó otra boya, ésta de color amarillo. Aguardó y al poco notó que las dos gigantescas bolsas de plástico comenzaban a hincharse, pues no eran otra cosa que dos enormes globos, sendos aeróstatos que se inflaron haciéndose esféricos, sumergidos en las profundidades marinas.

Savage no estaba muy seguro de que todo fuera a funcionar bien, era una operación de rescate realizada por aficionados, aunque el mercante no era grande y ello podía ser una baza a su favor.

Las dos gigantescas burbujas de aire se fueron hinchando más y más bajo las aguas, halando de las cadenas hasta que el barco hundido se movió. Arriba, los compresores debían estar trabajando a gran presión.

Savage tenía su preocupación porque los globos no estallaran

bajo las aguas, pero esto no sucedió y llegó un momento en que observó que la proa comenzaba a levantarse; luego fue la popa. El barco, así suspendido entre los dos gigantescos globos, comenzó a elevarse hacia la superficie.

Arriba sabían que cuando vieran aparecer los globos debían rebajar la presión para nivelar la fuerza ascendente de los globos con la fuerza de inmersión del barco naufragado y evitar que los globos asomaran a la superficie, ya que entonces, por exceso de presión, estilarían, mientras que debajo del agua podían aguantar bien.

M. P. Savage, complacido, subió nadando hacia lo alto, más aprisa que el mercante rescatado, que lo hacía lentamente. Estaba satisfecho de sí mismo.

De pronto divisó a varios hombres-rana que se dirigían a su encuentro y a otro que iba hacia los globos. Savage esquivó a los que se le echaban encima y se ocupó del que iba hacia los globos, con la hoja de un cuchillo por delante.

Consiguió sujetarle la muñeca antes de que rasgara el plástico y escapara el aire, haciendo que el Mont-Joie regresara a las profundidades. Al mismo tiempo, le propinó un codazo en el cuello. Después se dobló sobre sí mismo y le aplicó una tegatana en el hígado, soltándolo.

Aquel buceador, como desarticulado, se fue hundiendo mientras otros dos le atacaban. La lucha submarina se estaba desarrollando a una considerable profundidad. Savage, antes de enfrentarse a los otros dos, soltó una boya roja que ascendió con rapidez, advirtiendo a los de arriba de que había peligro y que actuaran en consecuencia.

Savage se vio frente al arpón de un fusil subacuático. Detrás de Savage estaba el globo, de forma que si él esquivaba el arponazo, el globo no se salvaría. Era casi imposible reconocer al sujeto que tenía delante, pero adivinó que iba a dispararle y lo hizo. Savage asestó un golpe de mano-cuchillo y consiguió dar el golpe suficiente al arpón para que el arma asesina se desviara en su trayectoria y pasara rozando el globo sin clavarse en él.

Savage vio al buceador asesino lanzarse sobre él, lleno de rabia por haber fallado. Le vio armarse de un cuchillo y le plantó cara; aquello era karate bajo el mar, porque desvió la mano que iba a asestarle la puñalada, golpeándole el antebrazo con una mano-cuchillo. El shuto-uke surtió efecto.

Savage disparó su puño contra el pecho del atacante y luego, con el tenar, le propinó un durísimo golpe que hizo saltar la boquilla del aire comprimido e incluso las gafas. Todo se llenó de burbujas y descubrió el rostro de Cornelius que braceó desesperadamente. M, P. Savage le asestó entonces el puñetazo en el bajo vientre y lo dejó flotando entre aguas, ya sin moverse, mientras el tercer buceador

pretendía alcanzar uno de los globos que cada vez subía más y más hacia la superficie.

Savage nadó hacía él antes de que llegara al globo con el cuchillo y le sujetó por un pie.

El buceador quiso alcanzar el globo y al no conseguirlo se revolvió hacia Savage que se lo impedía halando de su pie. Pudo cogerle la mano y retorcérsela con suma facilidad hasta que, aun dentro del agua, se escuchó un chasquido y el cuchillo se desprendió de la mano rota, yendo hacia las profundidades.

Savage vio que aquel buceador buscaba algo en su cinturón y cuando lo hubo encontrado, extendió su mano. Savage tuvo sus recelos, pero cogió lo que le tendían y comprobó que era una llave con una placa y un número. Sin comprender volvió la vista hacia el buceador y observó que acababa de quitarse la boquilla y las gafas, descubriendo su rostro,

"Messaline", díjose para sí.

Intentó volver a ponerle la boquilla y ella luchó por todo lo contrario, Messaline quería morir y Savage salvarla. El forcejeo fue terrible bajo las aguas hasta que Messaline perdió el conocimiento. Savage le aplicó la boquilla de nuevo, sujetándosela. Después empujó su cuerpo hacia lo alto y al fin descubrió a Juanito Chancleta que esperaba bajo las aguas con un equipo nuevo para entregárselo a Savage, ya que sus bombonas debían estar agotadas. La noche caía con rapidez.

Savage le señaló el cuerpo de Messaline y Juanito se hizo cargo de él mientras Savage cambiaba otra vez de bombonas de aíre comprimido y se disponía a pasar un par de horas bajo el agua, cerca de la superficie, para alejar el peligro de la descompresión.

EPILOGO

Las dos gigantescas esferas de plástico, rellenas de aire, podían verse desde la superficie. Habían sido detenidas a unos tres metros de profundidad. El guardacostas de la Marina francesa, después de capturar la lancha a bordo de la cual estaban herr Schroeder, Jean Chambrone y algunos secuaces suyos, se situó cerca del Mont-Joie que ya no estaba muy profundo, suspendido por los dos globos.

Un equipo de buceadores de la Marina descendió cuando se hubo hecho de día. Abrieron uno de los containers de acero, descubriendo su macabro contenido. Cadáveres y cadáveres de hombres que habían buscado trabajo en otro país para escapar a la miseria.

Madame Messaline fue trasladada a una clínica en helicóptero y salvada su vida. Le había entregado a Savage la llave de la caja donde guardaba todos los datos relativos al caso, nombres y listas completas de empresarios que contrataban a los obreros clandestinos, tras haber decidido poner fin a su vida, pero Savage la había obligado a vivir y a enfrentarse a la justicia.

El inspector de la P. J. de Marsella había esperado la llamada por radio tal como Savage le había dicho que haría si lograba rescatar el Mont-Joie y descubrir su interior. Savage lo había previsto todo y la policía, a bordo del guardacostas, llegó en el momento justo. Ya nadie podría negar las evidencias y la ley se encargaría de esclarecer todo el caso del asesinato de los obreros clandestinos mientras Moses Pacific Savage y sus amigos terminaban el reportaje que se habían ganado en exclusiva.

Madame Messaline, perdida por completo y después de una conversación que días más tarde mantendría con el propio Savage, decidió confesarlo todo, liberando así su conciencia en lo que cabía y ganando algunos grados de rebaja en la condena que, sin duda alguna, la justicia le impondría.

Cybele no deseó ver a madame Messaline ni a herr Schroeder. Hubiera querido seguir a Savage hasta el fin del mundo si fuera preciso, pero él, después de besarla, la confió a unos amigos suyos residentes en París. Todavía era muy joven y tenía tiempo de estudiar una carrera universitaria para enfrentarse a la vida con más defensas.

—Savage, ¿no podría, no podría...? —Los ojos de la muchacha brillaban, a punto de estallar en llanto.

—No, lo siento y te comprendo, pero encontrarás a otro del que te enamorarás y a mí me olvidarás.

—Eso nunca, Savage, nunca.

—Sayonara.

Cerró la puerta del ascensor y el motor se puso en marcha. La cabina descendió mientras Cybéle, sin poder aguantar más sus sentimientos, se pegaba a la puerta metálica. Sollozó convulsivamente mientras el matrimonio amigo de Savage le palmeaba la espalda tratando de consolarla.

—¡Savage, Savage, Savage, Savage!

F I N



¡KIA

HEROES DE LAS ARTES MARC

EDITORIAL BRUGUERA
en su nueva Serie tit

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventu
puñado de esforzados personaje
puesto sus conocimientos en A
CIALES al servicio del BIEN y de
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyecció
de la fuerza vital que todo hom
y que los BUDOKAS han sabido
hasta límites asombrosos, com
más, alcanzado en el transcurs
camino emprendido en pos de
ción, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASE
RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUE

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELON

PRECIO EN ESPAÑA: 3

Impres